



ISLA ESPIRAL

MARIA DOLORES DE LA FE

ed. circa / popular, 2

ISLA ESPIRAL

MARIA DOLORES DE LA FE

EDIRCA POPULAR, 2

© 1982 María Dolores de la Fe
Edirca, Editora Regional Canaria
Avda. Escaleritas, 39-A
Las Palmas de Gran Canarias
ISBN: 84-85438-27-2
Depósito legal: G. C. 234-82
Imprime Industria Gráfica MAE

*Yo no he pedido vivir. Me esfuerzo en
acoger sin asombro y sin cólera todo lo que
la vida me trae. Y me iré sin haber interro-
gado a nadie acerca de mi extraña estancia
en esta tierra.*

Omar Khayyam

Lo anunciaron por la radio. Bueno, no es que fuera una de esas noticias a nivel nacional, por el Diario Hablado o algo así, sino por medio de uno de esos «anuncios» que tan lucrativamente explotan las emisoras locales. Se oye un campaneo muy apreciable, o un angelical coro como de primer aviso para el Juicio Final (o a medio camino hacia la Resurrección), y entonces una voz muy acorde con las circunstancias, va y dice, como dejándose caer, supongo, entre la natural y novelera expectación de las radioescuchas, que a esa hora suelen estar en la cocina con el transistor puesto, y muchas a todo volumen:

«Descanse en paz Fulanito /a de Tal y Tal, que ha fallecido en tal sitio y a tal edad en el día de hoy».

Generalmente suelen asegurar que lo ha hecho «después de recibir los Santos Sacramentos y hasta la Bendición Apostólica». Pero cuando la muerte ha sido de las de moda, por accidente de coche o esas cosas del corazón, se limitan a anunciar unos enigmáticos «Auxilios Espirituales» que si nunca se sabe bien qué son o en qué consisten, tampoco comprometen a nada. Luego, sueltan toda la retahíla de familiares (con

especificación de empleo o, en su caso, de ausencia de cada cual), sin olvidar eso de «y demás familia», supongo que para que no se pique nadie, por si acaso... nunca se sabe, los familiares mientras más lejanos más suspicaces. (Y si hay muerto importante por medio, no digamos). Después de invitar piadosamente a la misa de corpore insepulto —que se ha puesto muy de moda— y/o a la conducción del cadáver desde la casa mortuoria (a veces, desde algún centro hospitalario donde tal vez se ha facilitado técnicamente el despacho al otro mundo), se culmina con la inefable, fabulosa coletilla: «Por cuyo favor les quedarán eternamente agradecidos». Como si el agradecimiento pudiera ser eterno... ¡si hasta dudo de que exista eso! salvo algún chispazo digamos sobre la marcha, un agradecimiento de urgencia y de salir del paso...

También, en los contados casos del óbito de usufructuarias del casi desaparecido servicio doméstico, jamás se dice «cocinera» o «sirvienta p'adentro». Se dignifica con la solemne frase «y su fiel acompañante»... Muy bonito, sí señor, aunque sea el último nombre de la esquela, cada uno en su sitio social, ¿no? Lo que no deja de ser injusto, ya que por lo general la «demás familia» no suele estar nunca tan cerca del «occiso» u «occisa», día a día, tecla a tecla, como la llamada «fiel acompañante», que por algo se la llamará fiel, hasta la muerte del acompañado o acompañada... Bueno, me da igual. Yo nunca he sido de esas mujeres repollinadas en su butaca, dándose aire con un abanico, siempre requintadas con todo lo que hacen las criadas, pero que no pueden vivir sin ellas.

Así, empezando a hacer un potage de berros, fue como me enteré de que había muerto Matilde, a los cincuenta y ocho años de edad... (Qué indiscreción, dejar una mascarilla mortuoria invisible, diría que

transmitida por las ondas como las telefotos, plasmada ya irremediabilmente en una edad fija...) y también qué fresca, no dejar siquiera un resquicio a la imaginación de las radioyentes que no conocieron al muerto anunciado, para que se les permita divagar sobre cómo sería con tal nombre, si joven, si viejo, si birriente, si de buena familia, si de fortuna tomatera... Pero, bueno, también es verdad que con esa simple especificación de la edad, al menos no se nos priva de poder crear una breve, fugaz novelita a nuestro gusto. Con lo emocionante que resulta oír, de vez en cuando, la noticia de la joven que muere a los dieciocho años, el joven a los veinticinco, casada, soltero, con hijitos, con prometida... porque en los anuncios mortuorios nunca se dice novio, ni ligue, sino prometido, sería palabra más acorde tal vez con la gravedad del caso... y qué raro, allá en un pueblo del interior, en el pueblo... Qué raro, ¿por qué iría a parar allá, al final de todo, para el final de todo? Por lo que pude oír, pese al impacto, al estupor de la noticia, todavía vivía el que debía ser un segundo marido por lo menos, puesto que la solemne voz había nombrado, encabezando el reparto de familiares —pocos— a un «su desconsolado esposo»: un tal Francisco No-sé-cuántos, creo. (¿Es posible que todavía pudiera desconsolarse algún hombre por la muerte de Matilde, o sería simple tópico funerario, sin consultar al interesado, como un impreso preparado de antemano donde sólo hay que rellenar los nombres? En estos casos no suelen agregar la consoladora advertencia de «Táchese lo que no convenga», que aquí pudiera ser «desconsolado esposo» o «su esposo», a secas). Bueno, conque Matilde se había vuelto a casar... ¡madre mía!... como si no hubiera tenido bastante con aquel sarandajo, aquel primer marido de su juventud, al que ni siquiera ahora puedo desear «que en gloria esté» ni que «en paz descansa», a menos que la misericordia divina sea algo así como una amnistía total, que también está muy de moda últimamente... quién sabe...

...Y murió a los cincuenta y ocho años, claro... (Cada

vez vienen los berros más chicos, una verdadera porquería, no se acaba nunca de limpiarlos)... No está mal. Si vamos a ver, es una buena edad para salir de esta vida todavía con paso airoso, es de suponer, y entrar en la otra, sea como sea la que nos espera Allá. Cincuenta y ocho años. Ni joven, claro que no, pero tampoco vieja, lo que se dice un carcamal. A menos que estuviera ya tan estropeada, tan cansada de todos sus jaleos y avatares en vida, que las circunstancias le hubieran acelerado el deterioro natural que traen los años, sobre todo si han sido de aúpa. Contra esto no hay cosmética que valga; eso no lo cura ni el médico chino.

Después de picar los dichosos berros, me entró prisa, sin saber todavía bien por qué, y no tuve ganas ni siquiera de hacer la fritura como Dios manda, así que lo eché todo en crudo en el caldero, le majé un pizco de cominos con perejil y ajo, y me puse con las papas. Sentía una jirivilla en el ombligo, como cuando la vecina mayorera me explica sus síntomas infalibles de volver a tener la madre esconchabada. Seguía teniendo una prisa rara, así que pelé muy pocas papas, apenas las necesarias para espesarlo y que no resultara un caldo verguillas. De todas formas, ya me parecía oír a Pepe poniéndole repudios al potage, por lo poco espeso que iba a quedar. Pero yo tenía prisa y no podía estarme con muchos requilorios. Total, por un día... el día de la muerte de Matilde...

Entonces, qué casualidad, llegó mi ahijado Manolo, que ya está hecho un hombre, con su Seat y todo, que sabe manejar sin haberlo esconchabado todavía. Me dijo que si podía venir a almorzar temprano, porque tenía que hacer unas diligencias urgentes y no le iba a dar tiempo para tirar hasta su casa, allá en las quimbambas, por donde ahora hacen casas para el rebozo de gente que ya no cabe en la ciudad. Y entonces me di cuenta de que le estaba diciendo que sí, que hombre, por Dios, faltaría más, pero que si no podíamos darnos un salto hasta cerca de San Mateo, y de paso hasta podíamos comprarnos allá un buen quesito tierno.

Mi ahijado Manolo me miró con los ojos como chernes, como si estuviera viendo visiones, con lo poco amiga que soy de salir antes de almorzar, como no sea temprano a la plaza, que los días que me toca, me dura el insulto por los precios hasta bien entrada la tarde. Yo creo que si me ve retratada en una revista de esas de ahora, llena de mujeres en pelete (que a veces trae Pepito bajo el brazo, escondiéndolas como un sorrocloco, ¡jum! y se cree que yo no me entero) no se queda tan asmado. Hasta pareció algo engrifado.

— ¿A San Mateo ahora, cristiana, casi en hora punta?

— Sí, hombre, por el escaletri llegamos en un momentito... Total, en lo que se hace el potage...

Tan abatado debí dejarlo con mi antojo, que no dijo ni pío. Hizo sonar las llaves del coche, que es un guineo que cogió cuando estrenó el Seat y todavía se la echaba, y salió por la puerta para afuera. Encargué a mi hija Pimpina, que estaba estudiando en el cuarto, que le diera una vueltita al potage de cuando en cuando, para que no se pegara al fondo del cacharro, que me da un coraje tremendo tenerlo después que estar raspando, con el cuchillo de limpiar los pájaros, que hasta da dentera. Tiré las cholas en medio del cuarto, me entré los zapatos nuevos, aunque me habían hecho gallinas, y salí como un rehilete hasta la calle. Parecería una palanquina, toda desmangallada, con el traje de dentro de casa, pero me daba igual. Al fin y al fallo, no me iba de belingo.

Ya bien pasado Pico Viento, mi ahijado Manolo empezó como a despertar del sueño; todavía seguía con cara de no creérselo como cuando uno no acaba de salir de una pesadilla que le parece que es verdad, que me ha pasado bastantes veces.

— Madrina, ¿se puede saber a qué vienen esas prisas tan raras, de querer ir nada menos que a San Mateo...?

— Es un pizco más abajo, antes de llegar al pueblo...

- Pero, bueno, ¿para qué, se puede saber?
- Es que murió Matildita, hombre...
- ¿Qué Matildita?
- Una que yo conocía desde chica, y no la había vuelto a ver...
- Pues menos me lo explico, madrina. En vez de alegrarse por librarse del rollo, con la disculpa de la distancia...
- ¡Jesús, hombre!
- ¿Y a santo de qué tiene que ir con esas prisas?
- Porque el entierro es esta tarde a las cinco, y me gustaría hablar con ella (¡jinojo! ¡fuerte interrogatorio!)
- ¿Hablar... ha-...? (La voz se le puso igualito que una gallina con gogo).

Mi ahijado Manolo tenía todo el aspecto del que tropieza a ciegas con un muro sin saber por donde cae la entrada. Con su pachorra de siempre (como que es hijo de su padre, más pachorriento él también que todas las cosas) prefirió callarse, como si me dejara por inútil. Siguió para arriba y pasamos Santa Brígida. Me fui quedando embelesada. El aire olía a eucaliptos calientes, como cuando yo era chica. Pero no vi árboles, apenas. Es que los recuerdos siempre siguen oliendo al mismo olor de entonces. El olor seguía. Y las voces. Y la propia Matilde bajaba por un atajo como una cabra, como lo que fue después, si vamos a creer lo que decía la gente... A mí no me lo crean, mi alma la quiero para Dios.

El anuncio de la radio —¿sería eso?— se me quedó dentro tan clarito como si me lo estuvieran repitiendo con el mismo tinete machacón que la tabla de multiplicar en la escuela de doña Nieves. Así que supe exactamente por donde había que ir a la casa de Matilde difunta. (O quizás es que lo sabía, ¡no lo iba a saber! Como si estuviera emplazada desde siempre para esta visita. Sin invitación, sin formulismos previos. Porque, ¿a dónde, si no, hubiera ido a tener la Matilde de cincuenta y ocho años?)

Desde lejos, unos sombreros negros parecían los puntos de referencia. Sí, allí tenía que ser, claro. No había mucho rebumbio. Los sombreros negros, pocos, se movían sobre unos cuerpos como cansinos, que también iban a casa de Matilde, como nosotros. Dentro —dejamos fuera aquellos olores de siempre, que todavía siguen allí, Dios los bendiga— pude fijarme después que había más pañuelos negros que sombreros, porque los hombres se destocaban al entrar. Siempre parece haber una relación sombrero-respeto, por muy reacio que sea el hombre del campo a separarse de su entrañable cachorra. Como está mandado. Las mujeres son más en el mundo para todo, para lo bueno y para lo

malo, para la novelería y para el melodrama, para el parto y para la muerte. En misa pasa lo mismo. Donde no se vean mujeres en más cantidad, suele ser cosa mala: recuerdo el bebedero de Juanito el de Teror (...«¡niña, no te vayas a parar en esa puerta, ándate luego...!»), por ejemplo, siempre plagado de hombres beberriquiando, pegados al vaso pringoso con un quince de ron y al plato de chochos, salados como la pilla, por todo enyesque, como si no tuvieran otra cosa que hacer en este mundo. Y con el cachorro enterrado hasta los ojos, el totizo al descubierto, porque por lo visto el ron no les produce mucho respeto. Con un par de quince, mamadera segura. Y rebotallo en la casa, luego, con la consabida tollina a los chiquillos, porque al que tiene mala bebida, el ron no le saca una alegre rumantela, sino una templadera fartona o peliona, cuando no llorona. Del zapatazo, espanta a todo su rancho...

En alguna parte tenía que estar el viudo, supuse. Ah sí, aquél era, donde todas las manos entrantes iban a parar, manos del campo quemadas de sol y tierra, unas —las izquierdas— manteniendo el sombrero negro; otras —las derechas— manteniendo el apretón obligado del pésame sin palabras claras, sólo farfullos adivinados.

(Si Pimpina se habrá acordado de darle una vuelta al potage.)

Conque aquél era el viudo de Matilde... Qué curioso, no sólo no llevaba puesto el sombrero negro (la vieja costumbre de los lutos masculinos: el sombrero encasquetado sobre los ojos, las solapas de la chaqueta subidas hasta las orejas), ni en ninguna mano, sino que ni siquiera tenía el aire ni las marcas en la frente de haberlo llevado nunca. Lo que llevaba en la mano izquierda (qué raro, no era un rosario, ni, qué sé yo, alguna flor) era un libro, como si le hubiera sorprendido todo este asunto de la muerte a media lectura, inesperadamente, como cuando te llaman por teléfono. No era

un libro de misa, era un libro moderno, corriente, de esos de ediciones de bolsillo o algo así.

Mi sombra distinta le hizo desviar los ojos de los habituales del pésame y se quedaron en los míos, atravesando mis gafas. Eran unos ojos serenos, infinitamente tranquilos, sin curiosidad ni preguntas. Pensé que si en ese momento aparece allí el Capitán General con todas sus galas, o Satanás con todas sus pompas, sus ojos tampoco hubieran demostrado, registrado nada nuevo. Los ojos estaban en su cara para ver, para verlo todo y nada más. No eran ojos-retrato. No eran ojos-mensaje. No hablaban. No eran los ojos de Matilde, claro.

Entré. Empezó pareciéndome un disparate —pero luego, no— (tú siempre con tus disparatadas figuraciones) pensar que aquí, en este pueblito lejano y campurrio, pudieran darse tantos trazos goyescos. Pero todo este cuadro en el que me hallaba metida era un puro Goya. Estas caras, las profundísimas gravedades de las expresiones faciales, estos contrastes de sombras sobre sombras en un cuarto soturno, aguafuertes de pobreza y lutos, de negros y rasgos como hechos con una puntilla... este remoto fondo de locura que parecía refulgir de pronto, a ramalazos, allá muy en el fondo de estos oscuros ojos campesinos, tan pasivos en la superficie, ¿dónde también pueden encontrarse sino en Goya? En modo alguno eran los ojos blancos de los cuadros de Antonio Padrón, aunque sea más nuestro. Bueno, tal vez él los dejó así para que cada uno reflejara su locura, sus sueños, sus maguas... qué sé yo... esto tan hondo e incógnito que late en cada cual.

Bueno, tal vez sólo fueran espejismos en estas horas de un duelo en un tórrido mediodía... el solajero...

Lo que me maravillaba a la vez era aquel estruendo pajarero, como si todas las bandadas de canarios del mundo hubieran roto a cantar en tropel, atropelladamente, a pleno pulmón emplumado, poniendo en música de trinos el amarillo fuerte de sus plumas. Qué irrespetuosos, pero qué sedantes, estos gorjeos, estos

«do de pecho». A estos seres libres no se les puede decir, claro, «vete a que te den un pizquito de tente allá»... Ya se sabe, los canarios, enjaulados y todo, en cuanto sienten la bulla se suman irresistiblemente.

— También nos pasa con el timple, ¿no?
En cuanto oímos el furrungueo del timplillo, ¿no nos sumamos irresistiblemente, por dentro y por fuera?

(Pero, Matilde, eso es distinto...)

(Si Pimpina se habrá acordado de mirar el potage...)

Y Matilde, ¿dónde estaría? ¡Dónde iba a estar! En el centro de la soturna reunión, claro, como siempre. Sólo que esta vez, difícilmente podría mantener centrada en ella toda la atención masculina, con o sin sombrero negro. Y así y todo...

— ¿Todavía no me has perdonado lo de Eugenio, mujer?

(¡Claro que sí!... En cuanto eché unas lagrimitas, se me quitó la rasquera... Y luego hasta llegó a darme una risa tremenda, pareciste zahorina, muchacha... ¡fuerte sarandajo resultó el muchachito! ¿eh? Mira que si tú no me quitas el pretendiente, sabe Dios lo que sería yo ahora... Así que, encima, tengo que estarte agradecida...)

— Pero tengo que aclararte que no lo hice por librarte de él, querida... por desgracia, fue todo lo contrario... me interesaba y no vacilé en engodarlo, hasta que picó...)

(Bueno, es igual, ya sabes que yo voy dejando en la cuneta todo lo que puedo... no quiero cargas inútiles ni negativas... Me gusta limpiar fondos cada día, lo que

nunca hacen los correíllos, y dormirme con la mente en blanco...)

— Dichosa tú que has podido hacerlo...
Mis sueños siempre estuvieron tan cargados, tan densos...

(Olvídalo, niña, total...)

Por algún resquicio llegaba olor a café. Claro, la gente habría estado en planta toda la noche. En los velorios, el café es el primer luto bebido de los que acompañan la vela de los muertos. Ellos velando. El muerto durmiendo, arropado —¡seguro, cómo si lo viera!— por multitud de conversaciones que no sólo ya no le importarían nada, sino que, encima, absolutamente nada tenían que ver con él. Como siempre. ¿Hay nada más enciclopédico que la recopilación de los temas tratados en un velorio corriente? Sin entrar en orden alfabético, que ya sería demasiado para un recuento de urgencia —lo mismo que querer meter la catedral en San Telmo— juraría que anoche se habló, hombres con hombres, mujeres con mujeres, café con café, café con ron, ron con tabaco, de casi todos estos temas: el tiempo; las papas; repaso a las altas y bajas de las respectivas familias y amistades ¿y «personas piadosas»?; salto atrás con pregunta de «¿y qué ha sido de Fulanito?» respecto de algunos no presentes en el acto; los nuevos novios; los partos de cada una, con pelos y señales y estremecedor relato de sus interminables sufrimientos; el relajo de la juventud de estos tiempos; el tiempo, en singular, siempre presente; algún punto para un tapete de barbilla; las enfermedades, los andancios de siempre, el «andancio que anda»; las desgracias, que nunca faltan porque, según ellos, no sólo nunca vienen solas, sino que se encadenan como para dar

perpetuo tema de conversación a esta gente del campo, en general poco habladora; el cura de otro pueblo; la ciudad y las diferentes opiniones sobre experiencias personales durante el viaje de cada cual a la ciudad, por mor de algún pleito «en el uzgado» o alguna diligencia para el carnet, el Seguro, la Hacienda...; el tiempo... el tiempo... que no llueve, que cayó una garujilla, que los del agua abusan demasiado, que no voy a plantar esta vez, que no llueve; que don Cacique manguenea más de la cuenta con el agua, más que antes, que ya es decir; que a lo mejor el invierno va a ser bueno porque el verano está pegando fuerte...

¡Mi ahijado Manolo! Lo vi de raspafilón, allá a la entrada, y me dio reparo aquella cara de angustia, como si tuviera angurria y no supiera a dónde ir, perdido, más amarillo que un bufo, entre tanta cara morena y recia, cara de muchacho de ciudad, cara débil, que ahora me parecía tan lejana de mi vida... Claro, mi ahijado es un muchachito nuevo y seguramente tendría cierto reparo en estos asuntos de muertos, seguro que nunca había visto uno. Ya los vería...

— Esto... oye, Manolo, te vas a volver a casa, ¿oíste? y le dices a Pimpina que se encargue ella de ponerles el almuerzo, que ya iré yo cuando pueda... que no se preocupen, que hay piratas a toda hora, ¿sabes? No te olvides de llevarles un quesito de por aquí, hombre...

Mi ahijado no puso reparos a mis encargos, a ninguno de ellos. Meneó la cabeza con más nervios que con conciencia de lo que hacía, y traspuso, sin saludar a nadie. Nadie lo conocía, si vamos a ver. Ni a mí tampoco, claro. Pero yo tenía que estar allí.

Un jirimiqueo, iniciado aún antes de llegar hasta donde estaba la muerta, con sus inevitables candela-bros y sus floritas acá y allá, nos hizo saber que otra mujer del pueblo se acercaba. La cara de siempre, tan vista siempre en el campo: cutis tan atezado que ya ni era cutis, sin edad, ojos profundos más que hundidos. Vejez anticipada. Brazos y manos fuertes, recios. Manos y brazos que parecen siempre dispuestos a alzarse, las manos abiertas con los dedos bien separados, y los brazos preparados para formar el debido ángulo, tan característicos, tan conocidos, tan propios de la gente de los campos nuestros.

Esta mujer recién llegada no se limitó sólo a lloriquear, a sorber los mocos torciendo la boca en un gesto casi presentido por mí de antemano, de tan bien como lo recordaba desde mi niñez. Esta mujer desconocida se arrodilló junto a Matilde y le descubrió la cara para besarla.

Conque así era la Matilde última... Había caído en la tentación tan corriente de querer disimular las canas —porque las tendría, si lo sabré yo— con un tinte dorado oscuro, tirando a caoba mal copiada. ¿Por qué lo haría, por quién? Sin embargo, en cierto modo era la

cara de siempre, de antes, bajo la infinita paz de la muerte. Con sus ojos cerrados, se me perdía ya el poder saber qué estaría pensando ahora —y en otro momento menos grave y trascendental, hasta hubiera dicho qué estaría tramando ahora. Pero allí estaba su cara serena y pálida, con las rayas inevitables que va trazando el tiempo, que va poniendo la vida en sus fieles seguidores. Muecas vitales... ¿No hubiera sido justo decir también, como en mi caso y en el de todos los que seguimos más o menos vivos, «por cuyo favor le quedarán eternamente agradecidos»? Agradecidos por vivir todavía, por poder estar junto a una muerte en vez de estar protagonizando la propia muerte misma...

Me hubiera gustado verle las manos, pero la mujer llorosa no había llegado a descubrirlas. ¿Cómo serían ahora las manos de Matilde, manos de cincuenta y ocho años o habrían envejecido más que ella? ¿Tal vez como las de estas mujeres que la acompañan con suspiros («¡ay, qué se le va a hacer», «todos tenemos que pasar por eso», etc.), rosarios, murmullos de vagas conversaciones particulares, como restos de las de anoche? («Es que no semos naide, quería...») ¿Seguiría teniendo las manos de antes, tan características, pero en modo alguno parecidas, entonces, a las de las mujeres del campo, aunque hubiéramos nacido, ella y yo, campu-rrias? ¿Con dedos llenos de oscuros torondones?

Pero, ¿por qué aquí, en el campo? ¿Por qué vendría a morir precisamente aquí, ella que fue siempre mujer de ciudad, de ciudadades, de asfaltos y no de caminos de tierra? Los ojos de Matilde me miraban —iguales— desde sus párpados cerrados.

(¿Por qué en el campo, Matilde? ¿Por qué volviste al campo?)

— Volví porque necesitaba mis raíces, saber, comprobar que había un pueblo, una tierra donde viví mi infancia, mi primera luz; que sin ser mía por dinero o herencia, era como mía, más mía aún que

por dinero o herencia. Su aire me creció y quise hacerme tierra a través de las raíces.

(Pero, Matilde, ¿de verdad pensaste alguna vez en esas cosas?

— Amor y muerte son dos cosas que llevamos dentro, ¿no? Descargada ya de una parte del equipaje, tenía la otra pendiente. Y vine. Yo tenía esta tierra en mi sangre, me dí cuenta en la ciudad. Y tenía que tenerla en mi aire. Y vine.

(Pero, Matilde, ¿por qué venirte definitivamente al pueblo?

— Necesitaba el pueblo, el lugar, porque aquí tenía que permanecer algo mío esperando siempre mi regreso. Porque ahora sé que la tierra del pueblo, de tu pueblo —quién iría a decírmelo— es la puerta del mundo y no al revés.

(Pero, Matilde, si te asfixiaba este ambiente, si buscaste la puerta del mar para huir... para respirar, dijiste...)

— Dije... dije... sí. Pero vine también en busca de los viejos olores y de los sonidos, los sonidos antiguos, ¿ya no te acuerdas de lo importante que es todo esto? Y el silencio: no podía buscar la raíz, la tierra, a gritos. Tenía que volver a las voces, los paisajes, días y noches de aquí, aire, aires.

(Pero, Matilde, ¿no habíamos olvidado todo esto, mejor dicho, no dijiste que odiabas de tal modo todo esto que no querías ni volver a oír este nombre del pueblo en toda tu vida?)

— Olvidar... olvidar es saber. Saber por ejemplo que la placita del pueblo ya es el mundo. O que el mundo no cabe, o sobra, en la placita del pueblo...

(No te entiendo. Con el disgusto que se llevó tu madre... ¿murió antes de saber estas cosas tuyas?)

— No seas boba... ¿no sabes que las madres no se nos mueren nunca? A veces, sí, nos matan o se nos muere la niña que llevamos dentro...

(¿Cuándo empezaste a saber estas cosas?)

— ¿Cuándo se saben estas cosas? ¿No se llevan ya sabidas dentro?

(Y tu madre que creía...)

— No estaban en la matriz ni en Ella; más allá de la Madre.

(¿Y por dónde empezaste a buscar?)

— ¿Habría que empezar por los olores, los sonidos, las imágenes no borradas del todo pero indescifrables entonces?

(Pero, Matilde, ¿qué imágenes querías?)

— Una cesta pedrera, ya medio podrida de lluvia, de tiempo, de abandono, de inútil...

Pero, Matilde, ¿no es una imagen sin sentido?)

— Viejísima imagen sin sentido que quedó indeleblemente fija en mi memoria,

en mis recuerdos. Y otras también: las faldas negras de las mujeres con el pañuelo eterno, que me parecían todas viejas, a mis ojos niños. La mancha violácea de un tuno caído, escachado, olvidado en un camino de tierra, seca del tiempo sur, con cercas de piedras y lagartos, bordeado por las voces desde las casas... ¿te acuerdas?... con espacios llenos de aire y colores... este aire y estos colores no se repitieron nunca fuera de aquí... Y unas manos secas, con uñas terrosas, también viejas desde aquellos tiempos. ¿Las ves aquí ahora, dándome la razón de que no buscaba en vano, de que no vine en vano?... Y unos matos secos, el gesto nervioso del gallo, vivísimo...

(Pero, Matilde, ¿cuándo, cuándo?, ¿dónde?)

— Dónde sino aquí, en la tierra donde han de estar mis raíces...

(¡Dios mío, Matilde! ¡Si ya casi van a empezar tus raíces!)

— Ah, las voces... las voces siempre lejanas, como en el sueño del calor del mediodía... de la primatarde del campo... un perro ronco... algo más... ¿ruedas lentas, algún carro, había carros todavía?

(¡No te vayas, Matilde! ¿No sentiste ningún temor?)

— ¿Temor?... Sí... uno, al principio: ¿se habrán arrancado de cuajo mis raíces, como el hombre que limpiaba los surcos; se las habrá llevado el viento cualquier día de tiempo sur, no quedarán ni raspas?

(...¿Hasta encontraste tus días?)

— ...aquellos días que parecían como pintados por las monjas, tanta era su serenidad, su sosiego, en la diafanidad del recuerdo...

(Matilde, perdona, pero eso me suena un poco cursi, como si dijeras eso de «volver al nido» o algo así...)

— Yo siempre fui cursi en el fondo, no lo puedo remediar aunque lo disimulaba a más no poder... ¿Y sabes? Nunca encontré un nido... Nunca fui a buscarlos, los escuchaba luego vivos, sonoros.

(Hay qué ver, Matilde... tú nunca parecías pensar...)

— Tal vez lo que se ha llevado dentro desde la niñez, como se llevan los huesos, no se piensa nunca, ni hay que pensarlo... Despierta un día a la menor señal, a la más inesperada señal: un olor antiguo que te devuelve al tiempo, un sonido, un atisbo de figura que parece volver del lejano fondo de entonces, y ya está. Y vine. Era en primavera.

(En primavera... Pero, Matilde, ¿de qué año?)

— Entonces, también lo recuerdo, el tiempo se contaba por estaciones, no por años. Como se contaba la suerte o la desgracia por cosechas, ¿no te acuerdas?

(Bueno, al fin y al fallo, la tierra y las estaciones son las mismas en todas partes, Matilde).

— ¡Qué te crees tú eso! Las nuestras, no.

Esta tierra, aquí, es la que nos ha amasado los huesos... Ah, sí, y aún temía otra cosa: ¿dónde estarían las manos que habrían de reconocermme como hija con derecho a raíz, dónde estaría la memoria que me afianzara en mi seguridad de que al fin estaba allí, aquí?

(Matilde, date prisa, sólo faltan unas horas para la tierra... ¡Dios mío!...)

— ...Por eso el deseo de volver me enloquecía a veces, no sabía de horas ni de años... No me amañaba allá, no me hallaba... No quería saber de días ni de noches. Antes, ¿te acuerdas? parecía que la noche no la rompía el sol, sino el canto del gallo, que acuchillaba el aire como a un velo, rasgaba la noche y venía la oleada de luces, luces de verdad, con sus colores, y las sombras no eran negras, como allá, como en cualquier otro lado, sino azules, y los sonidos también tenían color, y las voces...

(Cuánto has cambiado, Matilde... ¿eres distinta o eras distinta?)

— La naturaleza es tremendamente vengativa. Se venga, hasta con ferocidad, a la larga o a la corta, cuando no se ha hecho lo que ella quiere, cuando no se cumplen sus exigencias, sus implacables ritos... cuando se le quiere llevar la contraria, date cuenta... Pude llegar antes de que me refataran mi sed de tierra...

Unos carraspeos entreverados de farfullos. Un remover de sillas y taburetes. La gente se ponía en pie, con cierto respeto. Más suspiros. El feroz ramalazo de luz que señalaba la puerta, se vio atravesado por una sombra negra que se adelantó hacia Matilde, sombra con cuerpo y cara... El curita del pueblo, supongo... ¡Demonstre, mira quién venía a ser! ¡Un niño que estudió conmigo, con nosotras, en el Instituto! Me hubiera gustado pegar la hebra con él, en otro momento, claro. ¡El cae!

Por un momento volvimos a los latines, qué curioso. El silencio se hizo como clásico, bordado a realce de viejas palabras litúrgicas, palabras que jamás pierden su esculpida belleza pero que me sonaron altisonantes dentro de la pura sencillez del campo y sus gentes. Pero, así son las cosas, qué le vamos a hacer...

Padrenuestro...

«Nuestra hermana Matilde...»

...Y de pronto me encontré pensando (por escarmen-
tados y dolidos recuerdos propios) si todo este hecho

evidente, irreversible, de hallarnos aquí junto a Matilde (y Matilde en su ataúd, bajo un gran Cristo, con unos candelabros horriblemente altos —como conservados desde los tiempos en que el andamiaje funerario de entonces colocaba a los muertos en alto, sobre catafalcos con paños negros— candelabros modernizados, por mor de las circunstancias, con supuestas velas sin cera, pobre imitación, con bombillos atulipanados, con una rígida corona contrahecha a los pies del crucifijo —¿por cuenta de la Casa?— que sabe Dios para cuántos muertos anteriores habrá servido, tan miserable frente a la tierna frescura humilde, sencilla, de las otras flores que sin duda habría traído la gente)

obedecería a toda una organización comercial funeraria previa, como suele suceder en la ciudad —«usted ponga el muerto, que nosotros nos encargamos del resto»—. Si el negocio de «facilitar los trámites de la muerte a los vivos» habría llegado hasta aquí... En la ciudad —¡ay, mi ciudad!— hasta hay gente que se ha asegurado en vida un entierro decente... Y las llamadas Pompas Fúnebres suelen tener en verdad muy pomposos nombres... y de muy logrados matices, por cierto. Una de ellas. El Pensamiento. ¿Habrá nada más indicado para los que, contraviniendo el Bando Poético de un famoso vate. «Prohibido morir en Primavera», no les quede más remedio y lo hagan, como el portugués del chiste, «en contra da sua vontade»?

— Tú y tu siempre adecuado humor negro...

Una segunda cae más bien en los dominios wagnerianos: El Ocaso, que incluye entre sus clientes, sin discriminación social alguna salvo tal vez en los precios, a los vulgares dioses de la sociedad y a los simples mortales de entierro de tercera, y gracias.

— Siempre fuiste, te lo dije siempre, sensatamente loca...

Otra, La Soledad, ya parece sugerir ciertas reminiscencias becquerianas, que siempre hace bonito y romántico, y los leímos en esa edad en que irremediablemente se le lee, al poeta de las Rimas y la perillita tísica, y cuando pasamos por la calle donde campea ostensiblemente el neón anunciador del negocio, siempre pensamos casi sin querer: «Dios mío, qué solos se quedan los muertos...» Y seguimos nuestro camino tan campanantes, con la conciencia —bueno, al menos la literaria— debidamente en su punto, hasta diría que satisfecha de nuestra culturita prendida con alfileres, o de nuestra buena memoria.

— Pero los muertos no se quedan solos, ni nosotros tampoco. Los muertos se quedan con nosotros para siempre, hay algún punto remoto en nuestro cerebro donde guardamos para la vida a nuestros muertos, todos los nuestros, los de la familia, los de la amistad, los del conocimiento casual, los leídos en el periódico...

(Pero, Matilde, qué cosas dices... Pero, ¡tú sabrás!... Bueno, al menos ya lo sabrás mejor que yo, claro...)

— Los especialistas del cerebro no se han interesado en localizar el punto preciso de tan particular Necrópolis, pero existe, claro que existe. Cada cual vamos con nuestro cementerio auestas, dominándonos desde su ápice nuestra verticalidad... hasta que pasamos a mejor vida, quiere decirse, a la horizontalidad pasajera, generalmente de unas veinticuatro horas, para mayor seguridad y tranquilidad de la gente que todavía se agonía recordando espeluznantes historias de catalepsias... hasta terminar de complimentar los ritos vigentes de la misa de corpore

insepulto en la parroquia, y desde ahí al cementerio católico que corresponda... o donde haya sitio, porque creo que ahora hay también tal escasez de este tipo de viviendas... oye, ¿no valdría la palabra morienda en este caso?... Trámites en los que, como ves, me encuentro ahora, casi...

No son pensamientos morbosos ni macabros, sino los que corresponden a este momento en que acompañamos a Matilde en sus últimas horas de relativa exposición al mundo vivo. Aunque Matilde (tiene razón) sigue aquí y por lo que me parece, se está riendo, como siempre.

— Es que me da mucha risa todo este tenderete.

(Pero, Matilde, dicen que es el momento más grave... crucial...)

— Pero se trata de mí, ¿no? puedo reírme de mí, si quiero, ¿no?

(Matilde, fíjate, has vuelto a la muletilla de tu infancia, aquel ¿no? casi constante hilvanando tus palabras unas a otras...)

— Claro... ya sabrás, algún día, cómo la muerte nos vuelve a vivir desde el principio.

(Entonces, ¿no sirve de nada, a la larga, tanto corregir de los maestros, de los mayores, y luego de uno mismo...?)

— Bueno... no deja de ser un sano ejercicio... Mira, aquí hay una maestra ahora, y no me importa.

Sí, aquí estaba una maestra, pero no era, claro, la de aquellos años antiquísimos. Al parecer, incluso me estaba hablando y no me estaba yo fijando, distraída entre Matilde y la salida del curita (corpóreo, sólido contraluz recortado de sol) escoltado por el monigote y el eco de sus latines. Y más suspiros de despedida.

— Soy la maestra de aquí...

Sí, esta chacarona borrosa, casi impersonal, con la frente llena de barros y unas manos desinquietas, inseguras, me lo decía a mí, porque para las demás personas presentes, todas del mismo lugar, no haría falta advertirlo. La maestra ha sido siempre la persona que más miran en los pueblos, en la que se ponen a diario más miradas, esperanzas, rencores, murmuraciones y hasta préstamos de chiquillos por horas. La maestra lo recibe todo (chiquillos, quejas, piojos en ocasiones... algún cestito de papas, unos huevos, un quesito tierno, alguna quíquera...) Las maestras viejas recuerdan los pueblos por donde fueron ascendiendo en el escalafón de la antigüedad como si estuvieran divididos en dos clases definitivas: pueblos regalones y pueblos agarrados. Tal vez no se acuerden ni de cómo era la casa que le tocó, si tenía el piso de tierra apisonada, o ratones, perinquenes, cucas... pero no olvidaba si fue escuela con provisiones alimenticias a medio plazo, ofrecidas por el vecindario).

— Doña Matilde fue siempre muy buena, muy generosa conmigo...

(Vaya, nuestro pueblito —tal vez gracias a Matilde— caía en la clasificación primera: regalón. Quién iría a decirlo en tiempos de nuestro don Cacique particular, que hasta tenía que decidir si a la maestra nueva, o al cura nuevo, se le hacía el vacío o no: dependía también de quién estuviera de alcalde, alcalde asimismo impuesto por don Cacique, faltaría más.)

La Maestra. A veces, «la maestríta», dicho con tono socarrón y hasta con cierto menosprecio compasivo, sobre todo cuando la facha física no responde a la respetabilidad de la Profesión, con mayúsculas. Unas

gafas y, en otros tiempos también un buen moño martillo, ayudaban mucho a la impresión. La Maestra, personificación de la casi única carrera que podían seguir las mujeres. Luego, llegaría otra carrera en la batalla por alcanzar un puesto de igualdad en la vida: Farmacia. La Maestra, aún descontando la inmensa dimensión de su aportación a la cultura —por muy en ínfima escala que fuera— debiera ser el primer monumento de cada pueblo, de cada lugar. Incluso aquel tipo, desaparecido ya (así lo espero, al menos) de la maestra con palmeta y cierto sádico ensañamiento con la infancia. Aquellas maestras increíblemente agrias, severas, rigurosísimas, que parecían complacerse en poner de rodillas a los chiquillos, penados por cualquier mataperrería que nunca llegaba a ser ni delito mínimo; penados con los brazos en cruz y libros en cada mano (de rodillas sobre garbanzos los ponía una que yo me sé); penados con unas orejas de burro hechas con periódicos, o con papel-baso a falta de otro, a ser posible de cara a la calle, cuando la escuela tenía balcón; penados con cuarenta palmetazos cuando no contestaban como alispas a la tabla de multiplicar salteada, sin preguntarles nunca la tabla del cinco, que era más fácil; cuarenta palmetazos que dejaban llenas de torodones morados las pequeñas manos de uñas roídas... incluso ese tipo de maestras merecen cierto homenaje por su labor, porque enseñar sí que enseñaban, amparadas en su lema «La letra con sangre entra». Sí, a la entrada de cada lugar del mundo habría que poner el recuerdo a la Maestra, O al Maestro, ya que por una vez puede simbolizarse en femenino una profesión ejemplar. (No ha de decirse siempre El Hombre, como cuando se habla de la historia de la Humanidad, por ejemplo: el hombre de las cavernas, el hombre de Cro-Magnon, el hombre de... el hombre...).

Hay profesiones en las que siempre parece encontrarse un hueco para aplicarles la palabra antonomasia. Y hay sitios donde puede aplicarse esto mejor que en otros, casi diría la antonomasia por antonomasia. En un

paguito, en un pueblo chico, por ejemplo. Aquí sí que puede decirse apropiadamente La Maestra, El Cura, El Cacique. Con toda la dimensión universal que puede contener una Unidad, el personaje. Nunca una maestra, un cura, un cacique.

— Chacha... ¿no te estarás enrollando demasiado? Va a creer que estás pensando en las maragullas...

(Tú, cállate ahora, déjame con mis refistolios, aunque se crea que estoy en Belén con los pastores...)

La Maestra... ¿se les pegará a las maestras de los pueblos la idiosincrasia de la gente de esos pueblos? Una maestra nueva, venida de algún otro lado, incluso nacida y criada en la propia capital, maestra que recién salida de la Escuela Normal va destinada a un pequeño punto dentro de nuestra geografía (nuestra redonda geografía puede decirse aquí), ¿se contagia o viene ya desde sus oposiciones como predestinada? ¿Encaja la maestra por su propia cuenta o se ve obligada a encajar forzosamente? En su largo peregrinar por infinitas escuelas vacantes, las escuelas que nadie quiere al principio, porque están lejos de la ciudad, escuelas que se aceptan por no perder de ejercer, hasta conseguir ¡por fin! una vacante en algún Grupo de la ciudad, tras el lento subir por el Escalafón y reunir puntos... ¿cuánto queda adherido a cada maestra de cada pueblo? Tal vez con canas, con una carga irreparable de experiencias, amargas, vivencias, ¿llevará consigo retazos de cada pueblo, de sus gentes, que impregnan y configuran definitivamente a esa persona que encarna a La Maestra? La vacante soñada en plena juventud, codiciada idea acariciada largos años de ejercer en la capital, ¿le parecerá una recompensa o un trasplante hacia otras nostalgias? Bueno, qué sé yo, si nunca he sido maestra...

— Doña Matilde me ofreció su casa en cuanto llegó aquí.

— ¿Llegó hace mucho?

— Era en unas vacaciones de Semana Santa, y llovía por fin después de tantos años secos... Oh, como que corrió el barranco, con eso le digo todo... La vi en la puerta de esta casa, con la cara vuelta hacia el cielo, mojándose... dejándose mojar...

(Ay, la imagen nítida, impecable... La magua del agua, el poso de sequía que todos llevamos dentro... en otros sitios donde la lluvia habitual apenas es sino suspiro de fastidio, huyen de ella con la cabeza gacha, con apresuramientos hacia el refugio seco, con defensas de las que todos disponen como de la cosa más natural: paraguas, gabardinas... Aquí, cuando cae la lluvia, cuando nos bendice la más humilde garujilla, alzamos las caras para sentirla mejor, como para que nos bendiga uno a uno, para que la bendición nos cale hasta la médula a través de todos nuestros poros ancestralmente sedientos... Aquel inolvidable cuadro de Antonio Padrón, las caras paralelas al cielo, irradiando el gozo inenarrable del agua, del agüita del cielo...)

— No se movía, y como yo pasaba deprisa, porque me cogió el chubasco sin pensarlo, que me quedé enchumbada, me acerqué a guarecerme aquí... Oiga, ahora que me fijo, primero me miró como si estuviera dormida, a ver si me entiende, primero me miró como si estuviera dormida con los ojos abiertos... pero en seguida me saludó muy atenta y me invitó a entrar y me ofreció café...

— Sí, ella era muy cafetera...

— Es la costumbre, ¿verdad? Sin el café parece que una no se amaña... Y si llega una toda entripada, mejor todavía.

(Café. Su vago aroma, que aún flotaba en el ambiente, se me agarró a mi permanente ansia de café. Si alguien ofreció en tiempos pasados un reino por un caballo, qué no daría yo ahora por un buchito de café... Se me abrían hasta los poros del alma imaginando su gusto amargoso, ni siquiera un pizco de azúcar para matarle el amargor... Pero no me atrevía a pedirlo.

Matilde no hubiera reparado en exigirlo con su más brillante sonrisa. Ella es-era así... También empezó a amagarme un jilorio tan tremendo, que me hubiera comido hasta un puñado de garepa).

— Tenía la casa muy bonita... bueno, por lo menos distinta a como las tenemos aquí, ¿sabe? Tantos muebles antiguos y tantas plantas dentro. Un poco atrabancado, a ver si me entiende... Aquí ponemos siempre las flores fuera, pero ella tenía hasta helechos por todás partes... Luego se fueron perdiendo, como si se fueran dando de cuenta de que ella se marchitaba también... Y tantos libros, oiga. Yo, la verdad, creí que eran del marido... no sé, una siempre piensa que eso de leer tanto más bien lo hacen los hombres, pero doña Matilde me dijo que cogiera los que me interesaran, que me los prestaría con mucho gusto... Estuve mirando, pero... no había novelas de esas tan preciosas como las que ponen por la radio. Ella sabía dónde estaban todos, así que me imaginé que eran los de ella. Hasta pensé que sería una profesora retirada, que no se iría a quedar aquí mucho tiempo, pero luego andando el tiempo vi que no, que venía de arrancada... Al marido se le veía poco, después me fijé que andaba siempre en el cuarto de atrás, el que da a la huertita, que también está lleno de libros, esos sí que eran los de él, pero nunca supe si eran novelas o esos libros serios de ella, que parecían como de medicina, ¿sabe?

— No eran de Medicina, totorota... aunque mi amigo Freud fuera un médico...

(Sí, Matilde, eso me lo estaba figurando... pero no me interrumpas, que la pobre maestríta está en vena, ¿no ves? Nunca se te ocurra arrancar a nadie de sus sueños, de sus recuerdos...)

— ¡Jum! Lo que te pasa es que en el fondo eres una goleora y quieres ver lo que le sacas, ¿no?

(Claro que sí. Tengo que recuperarte, Matilde, tengo que enlazar todos los eslabones perdidos tantos años...)

— Bueno, allá tú...

— Andaba loca buscando muebles viejos, pero no crea que era como esos que han venido a veces para acá, que les dicen anticuarios, no... A Mariquita... perdóne, la que le dicen la Moñúa, le cambió el locero por unos roperitos de formica preciosos, que Mariquita se quedó privada como si le hubiera tocado la lotería... Y otra vez llegó un carro de San Mateo, con un montón de tauretes y una cómoda que le había comprado ella al feligrés del queso... Unas veces los pagaba, pero otras veces los cambiaba por lo que le pedían... La pila de destilar se la cambió a la mujer del alcalde por una estantería metálica que todos fuimos a verla cuando la puso... Todas pensábamos que doña Matilde no ganaba nada en el cambio, pero ella se sentía tan feliz con esas cosas viejas, las miraba y las miraba... La caja de tea se la trajo el marido una vez que fue de cacería por la Cumbre, no sé cómo la conseguiría... El la tenía muy consentida, la verdad, estaba con ella como santito dónde te pondré.

(Ya me estaba cansando el inventario de los muebles populares de Matilde, pero me resistía a abandonar la verborrea de la Maestra, que al fin y al fallo compartió ¿cuántos años, qué tiempo? con Matilde).

— ¿Se divertía aquí ella... daba fiestas?

Ni una maldición, ni la más horrible blasfemia hubiera conseguido asombrar a la Maestra tanto como mi simple pregunta. Se quedó unos momentos con la boca abierta, asmada, los ojos fijos en el vacío y (otra vez el gesto eternamente característico, ¿se le habría pegado de nuestra gente, o también donde ella nació y vivió se repetía igual?) apoyándose la palma de la mano derecha en la cara, mientras se sujetaba el codo con la otra mano, fue como recobrando el sentido tras el inespe-

rado impacto de mi pregunta. Yo que creía que mi curiosidad era tan inocente...

— ¿Fiestas, señooooora? Aquí tenemos bastante con la fiesta, aunque cada año va menos gente a la procesión... Oh, como que yo misma tengo que amenazar a las chiquillas de la escuela para que no falten, porque si no... cualquiera las pesca. Desde que llegó la tele, ya nadie quiere las cosas de antes.... ¡ni siquiera hacen fogaleras la víspera! El pollerío, el poco pollerío que queda aquí, están desarretados porque llegue el domingo para bajar a la ciudad, o para tirar hasta el Sur, al relajo, como si lo viera... Qué imanía han cogido, usted... Se ríen de la procesión, con lo preciosa que es la imagen, lo más que se quedan es al baile, claro. Pero desde que el alcalde mandó a poner altavoces, porque el sobrino trabaja con los representantes y entre los dos se repartieron la comisión, eso que le conste, ya no hay quien pare en la plaza, señora... ¡Fuerte escandalera toda la santa noche!

— Y ella, ¿no intervenía en la fiesta del pueblo?

— Al principio la invitamos, claro. Pero cuando estábamos en la sacristía hablando de eso con el cura, dijo ella que lo primero que había que hacer era quitarle a la Virgen toda esa nube de tarlatana que tiene alrededor, fíjese, con lo preciosa que es, que de lejos hasta no parece contrahecha, sino mismamente una nube de verdad... No sé cómo le pudo poner repudios...

— Claro, lo que tiene la tarlatana es que lo mismo sirve para una imagen que para los carnavales o para el Nacimiento, ¿verdad?

— ¡Lo que yo decía! También dijo ella que nada de flores de trapo, ni las de plástico que regaló doña Rosenda, que las trajo de Galerías y todo, un día que bajó a la ciudad... decía que todo ese entullo le quitaba belleza a una imagen tan sencilla... Y como al cura no le hizo maldita la gracia esas ideas nuevas, pues no volvió a llamarla más... Pero eso sí, cuando le pedimos dinero para velas nuevas, no se negó, decía que las velas eran muy bonitas. Al otro año pareció un poco amulada

cuando el cura consiguió bombillos que parecían velas, para adornar el trono... quedó divinamente...

— Jum...

— Después dejó de ir, pero pa' mí que fue porque ya empezaba a sentirse de eso que tenía... le empezó como una puntada redoma, que le dijo señó Manuel el mayorero que eso con corcova de camello salía... pero ella se rió y señó Manuel se picó, decía que para esos males la corcova de camello es como la mano, y que por eso no se reponía, que estaba ya como un tollo, señora... se iba quedando en la tea por días... como un fincho... y usted sabe que las mujeres, a ver sí me entiende, no es que se pongan desbaratadas como una tonina, como la pobre Segundita, que parece un candrai, pero tampoco como un calasimbre, eso no...

— Antes se usaba eso de «dáme gordura y te daré hermosura», ¿verdad?

— Pero ¿ahora? Ve uno esas muchachas por ahí, que parecen un manojo de tollos... Yo creo que una mujer debe tener sus carnes, digo yo...

— Pero la juventud ya no está por eso...

— ¿La juventud sola? Si hasta en la escuela ya están las chiquillas chicas presumiendo de tipo... Antes, cuando querían insultarse se mentaban la madre, pero ahora con decirse pambufas ya es el peor insulto... A veces me da risa, claro, ver ese chiquillaje presumiendo... Por eso se pusieron tan privadas cuando un día doña Matilde les habló de hacer excursiones por toda la isla.

— Ah, pero, ¿también se metió en la escuela?

— Es que un día recaló por allí y me pidió permiso para hablarles... Les dijo que tenían que aprender a conocer lo nuestro antes que nada, y que debían hacer excursiones a pie, que era muy sano y se veían mejor las cosas. La verdad es que ellas hubieran preferido ir en guagua, aunque para adelgazar lo mejor es una buena caminata, ¿no? Y encima, cuando les dijo que las excursiones eran para aprender a conocer los pueblos y

las plantas nuestras, que no sé si usted sabe que aquí hay plantas que no hay en ninguna parte del mundo...

— Sí, creo que eso se llama flora autóctona, ¿no?

— ... pues entonces se desinflaron todavía más. La hija del alcalde fue con el cuento a la casa, que es una cuentera terrible, que no la puedo corregir, y sé que las niñas le dicen «correílo sin sello», y luego me dijo la madre que doña Matilde era una entrometida, que si encima las chiquillas tenían que aprenderse los nombres de las plantas en latín, como si fueran a estudiar para curas...

— Pues a mí me parece muy bueno eso de conocer nuestra tierra... Fíjese que todavía hay gente que ha viajado fuera de aquí y no conoce Mogán, ni Fataga...

— Es que eso cae muy lejos, señora... Tener que tirar hasta la otra banda, no crea que no es una buena tirada... Y si vamos a ver, ¿no es igual un campo que otro?

— Aunque lo parezcan, nunca es igual un pueblo a otro, cada uno tiene su paisaje y su belleza particular.

— ¿Belleza? Jesús, señora, mire que llamar belleza a esa pobreza, a esa miseria que se ve en los campos... Lo bonito sería que hicieran sus buenas casas de pisos, como en la ciudad, o unos chalés modernos y todo eso, en vez de esos pizcos de casas con tejados del año del cólera, y las flores plantadas en cacharros de belmontina, o en escupideras de pisa, todas ferrugientas...

— Pero, qué abatada estás, muchacha... claro, con el guineo de la maestra, cualquiera no... Pero no te pierdas lo que nos cae arriba, fíjate, fíjate...

Con la entrada de esa mujer, pareció alejarse hasta la propia muerte. Incluso una viejita envuelta en un sobretodo (no sé cómo podía resistirlo con tal calor,

seguramente era por la costumbre y por no ir a cuerpo gentil, a sus años), que ya llevaba yo tiempo observando —con envidia— que había agarrado su buen apoyito y se había traspuesto del todo, hizo por despabilarse desmayándose ruidosamente.

Entró de replón una mujerona con gesto entre desafiante y protocolario, en su punto, como la que sabe en todo momento lo que hay que hacer y cómo hacerlo. Tiesa como un ajo porro —la tiesura forzosa de los viejos corsés de dril y ballenas, mágico cruzado contra toda posibilidad de erotismo ante su contemplación—, la imagen exacta de la persona que conoce de siempre su categoría y que empieza por no dudar de ella ni remotamente. ¡Y que alguien osara dudar! ¿Una «mandarina» del pueblo, un cacique con faldas...?

Todo cesó con su llegada. Ni suspiros, ni jirimi-queos, sino un unánime levantarse todas, entre renqueantes por la larga permanencia, escarranchadas en los taburetes bajos, y la poca costumbre que tiene nuestra gente del campo de hacer movimientos rápidos, vivaces. Siempre al golpito... para todo. El pliegue de la boca de esa mujer que entraba parecía anunciar un inminente bufido, alguna buena rociada para quien hubiera caído en desgracia ante sus ojos. Uno de esos pleitos descomunales, interminables, estoy por decir que cósmicos, como los que algunas amas de casa, invadidas de soberbia plena, doméstica, irascible, descargaban sobre aquellas pobres criaditas del campo, que venían muchas veces a servir a las casas de la ciudad, sin saber ni lavarse la cara muchas de ellas, sólo por la comida, por algún regalo de ropa usada, «mantenidas y la voluntad», para que fueran aprendiendo algo... Cuántas madres campurrias tuvieron que deshijarse como una platanera, por librar a sus hijas del fantasma de la escasez, del hambre casi segura... Destino previsor: mandarlas a servir a la ciudad, en una rara esclavitud social bajo la tiranía de la señora, que muy rara vez se humanizaba en sus relaciones con estas pobres víctimas inconscientes, brutitas porque no tuvie-

ron otro remedio, marcadas desde su nacimiento por la miseria y la ignorancia y la pasividad ancestral de la idiosincrasia de la gente de los pueblos... Gente buena la mayoría, noblota, pero naciendo y muriendo en medio de una bruma feroz que jamás se aclaraba...

La boca, el gesto contraído de la persona corajienta con todo, hecha a dar espantones constantemente. La que pone repudios a todo lo que ella no haya mandado, y aceptando a regañadientes el hecho de que alguien supiera hacer una cosa tan bien como ella... Sus cosas mejores que las de nadie, lo suyo más valioso y superior que ninguna otra cosa de este mundo... Hocico revirado como pocos... Traje antiguo, pero de tela buena, aunque de moda intemporal. Esos trajes que nunca se sabe qué costurera los habrá hecho, porque con toda seguridad la ricachona no se rebajaría jamás a que la infeliz costurerita del pueblo le ajustara sus vestidos, le pusiera las manos encima, cuánto más el corte de sus tijeras. Prendas antiguas, de casta. Maciza, dura en todo, como llevando un corsé de dril y ballenas no sólo en el cuerpo, sino más adentro aún, un alma encorse-tada y rígida... Acostumbrada al respeto —obligado, tal vez, pero respeto al fin— de todos. ¡Faltaría más!

Me imaginé a esta mujer mandando, mandando siempre, mandando a sus criaditas torpes, con aire de no saber dónde les queda la mano derecha, más abata-das aún por el temor a la casi segura reprimenda, todo el día con el culo a dos manos porque el trabajo no acababa nunca, echándoles en cara constantemente su miseria, su procedencia, que no tenían dos dedos de frente, dejando en el aire la impresión de que no eran seres humanos con derechos y deberes, sino animalitos a sus órdenes, o, peor aún, como bostas de vaca; mandando a hombres taciturnos y callados, dependientes de ella de alguna manera, por el trabajo de las tierras y el ganado; mandando al cura y al sacristán, al medianero y al médico, a la maestra... tal vez a algún marido que cayera en sus redes por el incentivo sorro-cloco de sus riquezas y la vana esperanza de disfrutar-

las a solas algún día, meta que se alejaba con el tiempo, indefinidamente, día que no llegaría jamás... porque estas jilmeras no se mueren nunca, se mueren si acaso después de todos los demás... que juegan al tresillo y ganan siempre... que sus hijos —porque los tienen, inexplicablemente, aunque una jamás pueda imaginarse a estas mujeres rendidas ante cosa tan humana y natural como es el que les hagan hijos... el amor... hijos que nunca la heredan jóvenes, ni disfrutan de nada suyo porque lo aferra todo con mano dura, lo cuenta todo con ojos de lince... hasta les prepara los matrimonios convenientes para seguir aumentando el caudal con más aportaciones... la mujer rica del pueblo, la temida mujer más rica del pueblo, sabe Dios cómo sería su mundo interno, qué telarañas, pedruscos, rejos, sangres, murciélagos lo habitarían... la codicia, la soberbia, la sordidez, la incomprensión... el «se hace lo que yo mando, se hace porque lo digo yo...»

— ¡Suai, suai! No te embales, muchacha... Pero fuerte alpispas eres... has dado en el clavo a la primera... un retrato psicológico de los que mandan las peras a la plaza, aunque ella no se reconocería jamás en ese espejo... Eso, y mucho más, es doña Rosenda, la más rica del pueblo y de los alrededores... me odiaba porque no entré en su juego, porque no caí en sus dominios... pero ahora que lo pienso, creo que al final hasta llegó a admirarme en cierto modo, al comprobar que podía atreverse a existir alguien fuera de su mandato... Cógele bien todos los güiros, que no tiene desperdicio...

A la tal doña Rosenda le acercaron volando la mejor

silla de la casa, un taburete alto, bien tallada la madera, como los de Teror. Mal empleadito asiento para tal personajillo... Le trajo la silla, tratando de apresurar el cansino andar, como si ya arrastrara la chola, un hombre oscuro, de bigote lacio, con los tiros asomando por debajo del saco negro, como si hubiera tratado de componerse debidamente ante la magnitud de la visita, y se hubiera olvidado de subirse los tiros antes de entrarse las mangas de la americana deforme, como usadísimas por interminables años de no tener otra.

Doña Rosenda se dejó caer a plomo sobre el asiento, removió con cierta dignidad el amplio traste sobre la silla, para que las ballenas del corsé no la jeringaran la baña, y dejó caer su mirada olímpicamente sobre el humilde gallinero que fue volviendo a sus sitios anteriores. Se hizo un jacio inmenso, cósmico. El silencio como beletén podía cortarse con un cuchillo. Demasiado se veía que nadie hubiera osado abrir el pico ante tamaña presencia. Pero yo no era de su reino, yo era una especie de espectadora por libre y me estaba divirtiendo muchísimo, con unas ganas locas de hacerle alguna mataperrería. Lástima de no poder contar con alguna aliada para cucarla con disimulo y picarle el ojo, para que me siguiera la corriente... Porque en vez de dirigirme a ella, me volví otra vez a la maestra como para reanudar la conversación. Hablé en voz más alta de lo normal.

— Como le iba diciendo, hoy en día no se usa nada la gordura, ¿verdad? Ni siquiera nadie usa ya una buena faja...

La mandarina me clavó los ojos como dos alfileres de cabeza negra, aquellos espléndidos alfileres que tan útiles fueron en otros tiempos, lo mismo para asegurar la mantilla negra en el moño como para darle su merecido a cualquier galletón enralado que en las procesiones quisiera aprovecharse y se metiera entre una jarca de muchachas, para pasarles la mano arrente el traste. Los alfileres chocaron contra los impasibles cristales de mis gafas, como si fueran aquellas tachas que empeza-

ron a vender poco después de la guerra, que al primer martillazo se quedaban empenadas y no servían para nada y cosa ninguna, medio porrúas y tan flinfiles... Inexplicablemente, el recuerdo de aquellas tachas hasta me produjo cierta ternura simpática, divertida... ¡Ojos que te vieron dir!

Tal vez el terror produce telepatía, no digo que no... Pero seguramente la pobre maestría adivinó el fulminante deseo de doña Rosenda de saber quién era yo, quién sería esa advenediza que rompía a hablar sin su permiso. Siempre hay una culichiche en todos lados... Me dijo, bajito, con voz de gallina con gogo:

— Esta señora es doña Rosenda... también conocía a doña Matilde... (Claro, no podía decirle a la cacique quién era yo, porque no lo sabía ella tampoco).

— ¿Usted es de aquí? (Ah, los viejos Bandos municipales: Ordeno y Mando y Hago Saber...)

— Sí. (Así de seca. Rosenda: no te hagas ilusiones conmigo. Siempre me jeringaron las mandarinas).

El perro bardino no abandona su presa. Doña Rosenda no tenía la menor intención de dejarme así como así. Y después de la primera chabascada continuó el interrogatorio, tiesa como un pírgano, desde su altiva situación sobre el taburete, como un guirre posado al acecho de la víctima. (Sigue, sigue, Rosenda, que yo te arreglo la maleta, vas a ver cómo alcanzas pa' tabaco... Yo, como todos los que procedemos del campo, también puedo ser muy cuica...)

— Nunca la había visto por aquí...

— Es natural...

— Y yo estoy aquí desde que vine recién casada.

— Yo estaba desde mucho antes, ya ve.

— Mi marido, que en paz descansa, era de aquí...

(Sí, realmente el difunto necesitará un porcentaje de paz mucho mayor que el de los demás mortales... Con qué gusto se iría para las plataneras, lo más lejos posible de este sólido monumento al caciquismo cerril).

— ¿Cuál es su gracia? (Qué gracia, qué encanto de pregunta antigua, ya completamente olvidada... sí, re-

cuerdo que antiguamente nadie preguntaba ¿cómo se llama? sino ¿cuál es su gracia? Qué rara finura envolvía antes la simpleza de la vida rural... Me produjo tal delicia la pregunta, que estuve a punto de ponerme más mollar. Pero eché la retranca a tiempo, menos mal).

— Pino Naranjo.

— ¿De los de La Palmita?

— Más bien de los de las plataneras... yo soy la única que queda de toda mi familia...

— Pues, ¿y los Naranjo no son los que tienen esa finca?

— Esos no me tocan ni papas ni pescado. Los míos apenas tuvieron ni donde caerse muertos...

Me miró con desconfianza. Seguramente se estaba «goliendo» que de este tenique no iba a sacar muchas lascas... Porque estas mujeres así no suelen ser bobas, ni mucho menos, ¡menudos sargos suelen ser! Su cazarrez les despierta el instinto, siempre a la defensiva... «De mí no se ríe nadie», «todavía no ha nacido el que se ría de mí»...

— Mujer, no la dejes con la jirivilla, mira que si se le queda el barrenillo, de repente sus servidores tienen que pagar los platos rotos...

(¡Se dijo!)

Así que me volví más mollar, gracias a Matilde. Pero que no creyera que yo era tan tolete como para echarme a sus pies. Misteriosamente, me salió un rejoyo paterno inesperado, debe ser eso que le dicen «el salto atrás». Me acordé de que mi padre se privaba por tener una trampa en la luz; paradójicamente, le parecía que pagar la luz que se gastaba en su casa era como una especie de robo a un padre de familia. Por eso, en cuanto nos mudábamos de casa lo primero que hacía era llamar a un amañado, famoso en la ciudad, para que le pusiera una trampa cuanto antes. Parece mentira que un hombre que en todos los demás aspectos de su vida

fue siempre honrado a carta cabal, no sintiera el menor remordimiento ante esta especie de estafa doméstica. Ni siquiera el sonido diario de aquel estentóreo espectral ciudadano que salía desde una altísima chimenea allá por la Plaza de la Feria, llamando a los trabajadores, y que conocimos siempre como «el pito de la luz», despertaba en su conciencia el menor escrúpulo. Supongo que las cosas, como siempre, dependen del enfoque desde el que se las mire... Y ahora, de repente, me vinieron unos irrefrenables deseos de ponerle una trampa a la luz de la tal Rosenda.

— Déjate de machangadas, mujer...

— Yo nací aquí... «señora»... al ladito mismo de la casa de Matilde... Nos fuimos de aquí antes de que usted viniera, pero no crea que es por nada, ni siquiera sabíamos que usted existía... Yo no volví, por desgracia, pero ella, al parecer, a última hora tuvo esa suerte...

— Era muy suya doña Matilde, ¿verdad? Mueno... (Rosenda, como mucha de nuestra gente, mostró una decidida tendencia a cambiar la B por la M, pronunciada con los labios muy plegados, como si le diera un beso de despedida antes de dejarla salir de la boca).

— Mueno... no es que yo vaya a criticarla, noverdá y ahora menos que nunca, pero era muy suya... No hacía las cosas como uno ha tenido siempre por uso y costumbre, a ver si me entiende... (Como si le hubiera picado de repente alguna ballena de su indudable corsé, agitó los codos aleteando sobre la espléndidas caderas. Me pareció como una cuca volona, una de esas espantosas chopas que parecen tener especial predilección por convertir momentáneamente a las mujeres en un gallinero alborotado, hasta que un escobazo bien aplicado acaba con el intento de motín doméstico).

— Jum... (Esto no comprometía a nada. Esta exclamación nuestra, igual que aquella otra, el inefable «Oooooo...» sirve para todo, el más perfecto comodín en las conversaciones).

— Parecía como si se riyera de todo el mundo... No es que fuera desamorable, eso no... aunque pusiera la cara muy seria, se quedaba una media escamada siempre... Mi marido, que en paz descansa, decía que si sería de izquierdas, que al mou se vino p'acá para disimular... Muchos rojos traspusieron para otros lados... Desde luego, a los trabajadores les hacía preguntas muy raras, quiere decirse que no los trataba como lo que son, como obreros, sino como si le dieran pena, fijese usted... ¡Cómo si los trabajadores no estuvieran para eso...! Decía que con lo que ganaban no les llegaba ni a la muela trasera...

— También puede ser verdad, ¿no?

— ¿Tá loca, señora? Si vamos a darles todo, ¿adónde vamos a parar? ¡Taría mueno! Si todos vamos a ser iguales, ¿qué saca una de tener lo suyo? Todas esas reburujinas que han inventado ahora, pa mí que no es sino una falta de ignorancia. De cuando adonde se va a comparar cualquier desgrasiao de esos, con la gente que tiene... (Un decidido y fulminante remeneo sobre el taburete pareció reforzar la «predicación» casi mitinesca de la cacique nata. Indudablemente, eso de «gente que tiene» iba por ella misma).

— Pero me parece que fue Jesucristo el que dijo que todos somos hermanos...

— ¡Jum! Lo que pasa es que todos esos son una manada de gandules que lo que quieren es aprovecharse de lo que uno tiene de siempre, para luego venir ellos con sus manos lavadas a darse la gran vida... Eso que le conste... Pero lo que es a Rosenda la mía no hay quien le saque un duro más de la cuenta... Y de mis tierras, ni una batata podrida...

— Pero ¿usted no cree que el que trabaja la tierra la conoce mejor y tiene más derecho a ella que un amo que a lo mejor ni aparece nunca por allí, y que a veces no sabe ni lo que tiene?

— Mueno... pero si es de uno, que yo tengo mis escrituras de todo, eso que le conste, ¿se las voy a dejar a ellos por su linda cara? ¡Me parece verlos! En cuanto

esos arramblados se vieran dueños de todo, ¿sabe lo que hacían? Venderlo y marcharse p'al Sur o para Venezuela, a gastárselo volando... La gente ya no quiere al campo, señora, no se haga ilusiones... Y los que siguen aquí es porque no han juntado las perras para marcharse, si lo sabré yo... Les importa tres pitos que suba el agua, que le roben a una hasta el resuello con esos precios que piden por el agua... Los únicos que todavía siguen apegados al pizco tierra son los viejos, que quieren morir aquí porque aquí nacieron. Pero ¿sus hijos? En cuanto pueden sacarle al padre cualquier cosa, trasponen volando para otro lado, aunque sea a trabajar en la construcción en la ciudad, pasando más que un forro catre... Y así pasa lo que está pasando ahora, que no se amañan, que no saben trabajar, son todos unos frangolentos, que no rejunden nada, y disimulan poniéndose en huelga a cada dos por tres... ¡Cosa con ésa!

— La huelga es otra cosa, por otros motivos...

— Será por lo que será, pero en el fondo es por eso, porque ya nadie quiere trabajar... Y con el relajo de todo, porque hay que ver cómo están las cosas, se hacen los sorroclocos y en cuanto empieza a enfoguearlos cualquier enredador de esos que mandan de p'afuera nada más que para enredar las cosas, pues venga, a la huelga... Y a pedir más salario sin acabar de cobrar el aumento anterior.

— Pero, ¿usted cree que con lo que ganan les da para vivir ni para mantener una familia?

— ¡Demasiado que les daba, si se dejaran de caprichos! Pero hoy hasta los gatos quieren zapatos, eso que le conste. Cuándo adónde se ha visto esa gente mejor que ahora, que si televisor, que si nevera, que si coche... Limpiar no limpian, que hasta apestan esos pisos a meados chuecos, pero lo que es echársela... Y claro, como no les alcanza el sueldo para lujos, venga a la huelga en seguida... Don Manuel el de las Lagunetas me dijo ái más allá que había estado en una traquina de esas... cómo se llama... una asamblea de trabajadores,

en la ciudad, y que daba de cara verlos salir a todos, esmorecíos de risa diciendo que más nunca les aclaraba a los patronos.

— Algún día tenían que empezar a espabilarse, ¿no?

— ¡Señooooora! si ellos han estado siempre más espabilados que Carracuca, cuando les conviene... si no, se hacen los bobitos, los bobitos, a ver... Esa gente es muy cuica, si lo sabré yo... Y las mujeres lo mismo que los hombres, no se vaya a creer. Antes, dentro de su pobreza seguían siendo gente, a ver si me entiende, aunque estuvieran los chiquillos enguirraos de frío o de hambre, en la casa había respeto, y si no había otra cosa que comer, ni pan ni conduto, manque fuera con un balde de agua y un puño de gofio se conformaban... Pero ¿ahora? duro que ganan, duro que botan... Antes, si tenían calor porque el tiempo sur alargaba más de los tres días de rigor, se abanaban aunque fuera con el abanador de la plancha de carbón, pero ahora ni a eso se resignan: a comprar un ventilador en seguida, que ya le han puesto luz eléctrica en todas las casas. Y todo a plazos, señora, que están todos ellos endrogados hasta los ojos, que lo sé yo muy bien. Antes, si algún chiquillo cogía de noche una perreta, al mou porque tenía rabisca por estar echando los dientes, con un pizco de pasote caliente se pasaba, pero ahora por nada y cosa ninguna, envuelven al chiquillo en una toalla, y a tirar p'al Seguro, como si los médicos no tuvieran otra cosa que hacer que atenderlos a ellos, que hasta da de cara ver esas colas de gentío allá, que las he visto cuando he tenido que bajar a la ciudad...

— La de entierros chicos, en cajitas blancas, que se veían pasar antes, con tanta frecuencia...

— Y encima, ya nadie quiere tener los hijos que Dios les mande, ah, no, señora, ahora lo primero que hacen es ir volando a que les receten la píldora esa del demonio, ya no se ve aquello de antes, un matrimonio todavía nuevo con una jurriada de chiquillos que daba

gusto verlos, ellos con todo su rancho... hasta les daban premios y todo...

— A veces no daba gusto, más bien daba pena ver aquella insalla de chiquillos casi en pelete, por falta de ropa, siempre desmayados...

— Señora, mientras haya gofio nadie pasa hambre, eso que le conste... Pero como dicen que engorda, ya nadie lo quiere, una cosa tan nuestra, todos a presumir que estén como finchos. Lo bonito que es ver un niño como un rolo... Y si un chiquillo les sale revirado y le contesta al padre, ya ninguno se lleva su buena galleta, que los dejaba en seguida seditos como una malva... ¡Mi hijo mayor se ha llevado cada jalada con el cinto!... después, solamente con ver el cinto, ya se iba p'ol palo... Y una vez que me dijo una maldición, le unté los besos con pimienta de la eso de la madre, y santo remedio. ¡Una vez se dice que la calabaza es buena!

— Así han salido después, que nadie quiere cuentas con los padres, en vez de ser amigos...

¡Tremendo bufido, la respuesta de doña Rosenda! Sonó como el cañón de las doce. Pero, majadera como un escarabajo, siguió con el sermón —que ya me estaba jeringando más de la cuenta— mientras yo seguía apalastrada en mi asiento.

— ¡Ya te cayó costura! Si sigue con el guineo, arrancas la caña ¡y rian p'al puerto!

— ¡Fuerte bobería! El que sale cambado, cambado sigue, así que no me venga con historias y con modernismos. Un hijo bien criado tiene que empezar desde chico, porque si no no vale... Mire como andan ahora esas muchachas, todo el santo día botadas en la calle, ¿y por qué ha sido? Porque desde chicas las madres no supieron enseñarles a tener fundamento como Dios manda... Me acuerdo de antes, yo siempre recogidita en mi casa, que no asomaba de la puerta afuera ni pa un remedio... preparando el dote con tiempo, pegada al

telar toda la santa tarde, calando mis sábanas, y mi propia madre cisanando las iniciales en las almohadas... todavía tengo los juegos de cama casi sin estrenar, es que las telas de antes duraban por enfado... Pero ¿ahora... 'ñora? Se casan de mala manera, sin llevar nada, y eso cuando se casan, que me han dicho que eso es el disloque, que en la ciudad las muchachas ya no se quieren sino juntar, y cuando alguna muy de relance pasa por la iglesia, porque al mou la desgració el novio, ni traje blanco ni Cristo que lo fundó... Oooo, como que dicen que muchas han ido con pantalones de esos, vaqueros... ¡Jesús, madrita'! Pino, tal disloque! Antes, las propias madres hasta nos ajuliaban los pretendientes, no se fiaban de ninguno, pero ahora muchas hasta les hacen la cama a los muchachos, como el otro que dice...

— Sí, todo está muy distinto, pero, qué se le va a hacer...

Me estaba dando mucha risa imaginarme a mi hija Pimpina metida en casa toda la tarde calando sábanas... ¡ella que hasta de pegar un botón se pone toda engrifada! (A ver si me acuerdo de contárselo cuando llegue a casa. A lo mejor se va a creer que ya estoy trastiando...)

Alguien que se acercó a la cacique a saludarla con los debidos respetos, me libró de semejante entullo. «¡Despíntate de ésta, Rosenda!» Y volví a Matilde...

*¿Qué ha sido de todos nuestros amigos?
¿Los ha derribado y pisoteado la Muerte?
¿Qué ha sido de todos nuestros amigos?
Oigo todavía sus canciones en la taberna...
¿Han muerto o están borrachos de haber
vivido?*

Omar Khayyam

(Me pregunto ahora, rodeada de estas personas desconocidas para mí, qué hubiera sido de nosotras si nos hubiésemos quedado entonces en el pueblo... cómo hubiéramos sido ahora...)

— A mí, por lo menos, sé que me hubieran echado, o lo habrían intentado. Sobre todo en las primeras décadas de ésas que ya han culminado, hasta quizás hubiera estado en la cárcel, qué sé yo... Como entonces, al principio, hasta se denunciaba a la gente que no iba a misa... oye, qué inquisición más rara, ¿verdad? sin tribunales, ni cucuruchos, ni hogueras visibles, pero qué evidente... Había que ser católico a la fuerza, no por amor a Dios ni por tu propia fe, sino por Decreto, o por orden ministerial de determinado capitoste... Increíble... Entre que nunca he podido ver ni en pintura a Felipe II y que yo precisamente entonces perdí la fe...

(Tú siempre en la oposición, ¿no?)

— Bueno... no creo que fuera sólo por eso, aunque no te niego que la situación ambiente influyó mucho...

(Sigo con el barrenillo... ¿cómo seríamos ahora, incluso físicamente?)

— ¿Quieres ver un modelo aproximado, una especie de posibilidad? Fíjate en esa mujer enteca y llorosa —y te aseguro que no finje, me quería horrores, siempre pegada a mí como una lapa—, la que está entre la gorda y el candelabro, que si pudiera le daría con él en la cabeza a Rosenda, Dios me perdone... Esa mujer tan oscura y borrosa fue en nuestra infancia aquella chiquilla mataperra y más machona que nadie, con la que tanto nos divertimos robando peras... ¿No te acuerdas de Moma la de Casildita?

(¡Madre mía!... ¿Es posible, pero es posible que aquella infancia rebotando salud y vitalidad haya llegado a esto?)

— Habla con ella, anda... le encanta informar de sus desgracias, y las siente tan a conciencia, tan a gusto... juraría que en el fondo le chifla ser desgraciada y que disfruta estando siempre tan agoniada...

Me acerqué al menguado bulto negro, revejido, con el pañuelo amarrado bajo el quejo.

— ¡Jeromita!... Moma... ¿ya no te acuerdas de mí?

— Pos... Jesús, ¿usted no es la niña de los Naranjo?

— Claro... pero, ¿por que me tratas de usted, si éramos amigas desde chicas?

— La verdá... ha pasado tanto tiempo... ¿Y qué te cuentas?

— Ya ves...

— Quién iría a decirnos que nos veríamos en estos momentos... qué pena Matildita, ¿noverdá? Todavía joven y entera... Jesús, quería, se nos fue como una frutita de aire... Parecía que no era nada, que no era nada... y cuando nos dimos cuenta, ya ves... Ay, Señor, no somos nada, naíta...

— Y tú, ¿qué tal? ¿Te casaste con aquel muchacho de La Vega... cómo se llamaba... Chano?

— Sí señó... el pobre, poco me duró... y me dejó con tres hijos, todos varones, que me han dado más mala vida... Y ya ves, aquí estoy solita, si no fuera porque... He pasao más que un forro catre.

— No sabía que Chano hubiera muerto, mujer... lo siento...

— ¡Qué fecha lleva esa carta! Todavía estaba gateando el más chico, una tarde vino Chano de la trilla diciendo que estaba derrengado, y derrengado fue, que le dio un parális y no volvió a levantar cabeza. Veinte días con sus noches lo estuve cuidando... pero ya el méico, el viejo, no este de ahora que vino nuevo, me dijo que no me hiciera ilusiones, que aquello era cosa mala... y así fue... lo enterramos para el día del Pino, señaladamente...

— Y tus hijos, ¿viven aquí?

— ¡Qué va, cristianita! El mayor traspuso para Venezuela. En cuanto salió del cuartel, que le tocó en la Península y vino más enfoguetaido con la política que todas las cosas, picó el tole y traspuso... Parecía como si le hubieran echado allá mal de ojo, él que había sido siempre tan bueno, con tanto fundamento... Al principio escribía malamente, pero después pegó a olvidarse, a olvidarse... ahora, muy de relance tengo noticias, de alguno que viene de allá, si acaso...

— Hay que ver...

— Yo no sé qué engodo tienen esas tierras de allá, que el que va no tiene ganas de volverse p' acá... ahí tienes a Matiitas, que apenas viene ya está hablando de dirse otra güerta... dice que nosotros no podemos entender aquello si no lo vemos... Pero mi niña, ¿quién traspone ahora p' allá, a estas edades?

— Tienes razón...

— Y luego, yo aquí tengo lo mío y no lo voy a abandonar, noverdá... Aunque total, para lo que me sirve... si al menos los otros dos me hicieran caso y se vinieran a trabajar y cuidar lo que va a ser de ellos... pero me dicen que si estoy loca, que el campo es para los animales, que lo que es ellos... con toda esa reburujina del Sur no hay quien los conozca, ni de su madre se acuerdan... antes venían para la fiesta, pero hay ya tiempo que ni pa' eso...

— ¿Es que trabajan en el Sur?

— Sí mi niña... primero se fue el más chico, que aunque nació sietemesino salió más dispierto que el segundo... cada vez que venía no hacía más que hablar de las turistas medio esnúas, de las propinas, de los planes... ¡ver un hijo mío y de Chano tan enralado, que ni a misa iba! Y lo que se la echaba, diciendo que sabía hasta hablar en inglés y en no sé qué, qué sé yo qué disparates echaba por esa boca... Y claro, poco después, el segundo, Juanito, que pega a hacerse el gandul, a hacerse el gandul... ni plantar papas quería ya... así que cuando vino el hermano chico lo embulló de tal forma que arrancó con él p' allá y allá están los dos... sabe Dios qué estarán haciendo... al mou es que soy mal pensada, noverdá... pero tú me dirás si puede ser cosa buena eso de que ni se acuerden de su madre y que estén trabajando como criados de una gente de p' afuera, porque eso es lo que son, si vamos a ver, pudiendo estar aquí trabajando en lo suyo, como amos... yo no lo entiendo, quería...

— Así son las cosas ahora...

— Todo se ha virado de tal forma... como decía el

otro, o el mundo está al revés o la zalea no está en el catre...

— Jum...

— Y no son sólo los varones, no señora... que al fin y al fallo no tienen que guardar tanta decencia... Hasta las mujeres parece que se han vuelto locas, mi niña... Me alegro de no haber tenido hijas, lo que me faltaba, verlas como cabras, la verdad de Dios. Fíjate lo que le ha pasado al hijo único de Virginita, ¿te acuerdas?

— ¿Virginita, la de la tienda?

— Esa misma. Para un hijo solo que ha tenido no le ha dado más que amarguras. Resulta de ser que el hijo, que siempre fue un loquinario y un taranta, se enamorisquió de una hija de Carmita la Petuda, la que iba a planchar los lunes a cá los Navarro, ¿sabes?... Virginita no tenía nada en contra de ella, la verdad, una muchacha tan agraciada y cariñosa... tenía su reburuición, no creas... pero luego resultó un pilfo, una zafada y estuvo en bocas de la gente... la criticaron mucho porque siempre estaba como las cajas de turrónes, que no se perdía una fiesta en ningún pueblo, siempre loca por las táifas, y volvía a las tantas... Y más presumida que una mona. Cada vez que recalaba por acá el jarandino con el fardo de las telas, ella era la primera que salía a la puerta como un volador, en cuanto lo sentía, a compararle algo, y eso que esas telas embebían a la primera lavada...

— Ah, ya me acuerdo, aquellos jarabandinos que preguntaban de puerta en puerta: ¿quieri combra, seniora? Qué risa...

— Pues se casaron de la noche a la mañana, porque ya se sabe que los hombres no piensan las cosas, y como estaba encandilado con la machorrilla, a más de ser un sobajiento, que eso es la verdad... pues a ver... Pero duró poco el casorio, todo el día peliando por cualquier cosa, porque ella no sabía amarrarse el genio, y los hombres, ya se sabe... en seguida encuentran donde meterse... Ella después andaba como gallina sin nidal, que ni a la hembrita que tuvo le daba los biber-

nes como es debido... Un día le dejó la niña a la madre, a Carmita, ¿sabes? y dicen que se metió cá las mujeres ruines, pero a mí no me lo creas, mi alma la quiero pa' Dios, es lo que he oído decir y es el rurún que corre... pero por áhi debe andar todavía...

— Hay que ver, qué cosas...

—Ya no es como antes, quería, que las mujeres honradas sabían aguantar en su casa todo lo que Dios les mandara... no señora, hoy no, hoy cada una quiere hacer vida de hombre y no se dan de cuenta que una mujer casada es otra cosa... que las mujeres están para hacerle el gusto a los maridos, si quieren tenerlo contento... pero no se arregostan, no, todas quieren estar repicando y en la procesión... sin fijarse que hay mucho belillo suelto por áhi, siempre dispuestas a desgraciar un matrimonio... Pues para no cansarte, el hijo de Virginita acabó metiéndose de socio con un intermediario, para llevarle la camioneta a la plaza los días de entrada, y áhi anda, dicen que ganando sus perritas... compró un piso y dicen que está amachinado con otra, fijate tú... Ahora Carmita la Petuda anda revolviendo para enterarse a ver si le puso el piso a nombre de esa mujer, porque dice que el piso le toca a la niñita, que es hija legítima... Aunque como todo está tan revuelto, no sé quién, le dijo que si 'el tuviera hijos con la otra, todos tenían los mismos derechos, que ya no vale eso de hijos matrimoniales, como antes, o hijos habidos... si son todos del mismo padre y los reconoce... yo no sé, quería... pero se queda una asmada con estas cosas de ahora.... Cuando aónde se ha visto que se pueda mirar igual a un hijo de matrimonio que a otro de esos «casados por detrás de la iglesia», como el otro que dice...

—Mujer, es que los niños no tienen culpa de nada.

—Pues si van a querer hacernos a todos iguales, a la gente decente lo mismo que a los sorroballos, ¿adónde vamos a parar? ¡Taría mueno!

Entre el calor, el zumbido del alegato interminable de la antigua robaperas (por cierto, ¿consideraría ella

que robar peras era cosa de sorroballos o de gente decente?) y las moscas pesadas, majaderas, a las que nadie se ocupaba de espantar con el infalible chifi-chifi de estos pecadores —aunque técnicamente prácticos— tiempos modernos, me sentí entrando, a la songuita, a la songuita, en esa deliciosa fase previa a agarrar un apoyito... El ruido que me hizo en la barriga el jilorio que venía sintiendo desde antes, me despabiló un pizco, así que decidí salir a fumarme un cigarro. ¡Fuerte pejiquera, la dichosa Moma! ¡Consumía aleantina!

—No seas ruinita, mujer... Pero, anda, entrégate al vicio... en todo trabajo se fuma, ¿no?

A lo mejor iba a levantar escorrosos mi decisión, pero qué remedio. Iba a romper por lo menos dos de las sacrosantas tradiciones consuetudinarias del pueblo. Una, la de levantarme inesperadamente de mi «guardia femenina» junto al cadáver, sin dar la menor explicación a nadie (con lo llena de explicaderas que está siempre la vida de esta gente, aclarando bien las cosas, no sea que...), y otra, la de alterar el eterno «los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres». En los duelo, en la iglesia, en todo. Y además, cuando me vieran lo que iba a hacer... entonces el revuelo sería doble... si no llegaba a mayores y me botaban como agua sucia... Por lo pronto, me miraron todas a la vez. Rosenda carraspeó significativamente. Traducción: ¿Se irá a ir sin mi permiso? Los murmullos que alfombraron mi salida me parecieron de tono criticón. Si se enroñaban, allá ellas... Pero me vi fea para salir airosamente, tan atrabancado estaba todo. ¡Semejante conducerma!

—¿No fumas, inglés?

Como me apetecía rabiosamente fumar (no sé explicarlo, pero me parecía rarísimo ponerme a fumar junto

a una muerta, aunque fuera una amiga con la que tantos cigarrillos fumé, primero a la escondida, luego no...), fui a tener al patio, al solajero, donde todavía quedaba un grupito de hombres que se resistían a entrar, apenas tres o cuatro, y que conservaban la cachorra negra puesta, tal vez para protegerse del sol, que me dio unos lametones en los mollereros como si estuviera en la playa.

En el bolsillo del traje llevaba, como siempre, el paquete de cigarrillos, todos apeñuscados después de tanto tiempo sentada. Pero no encontré mi encendedor. Seguramente se me caería en el coche de mi ahijado. Saqué un cigarrillo y tuve la sensación de que el grupito masculino, todos a una, habían dado imperceptiblemente un paso atrás, una especie de ¡vade retro! instintivo, subconsciente. Pero el hombre del campo, aunque condene en su interior o no comparta un hecho, respeta lo que sea. Cuando pedí un fósforo, uno de ellos sacó un chisquero del bolsillo (ay, qué delicia de mecha anaranjada, qué delicia de instrumento tanto tiempo olvidado, tanto tiempo sin verlo) y tras varios intentos frotando la ruedita con sus dedos toscos, consiguió encender. Me encontré pensando la gran estupidez: si hubiera tenido que invitarlos a un pitillo, aunque fuera tabaco rubio... ¿se hubieran ofendido, no se hubieran ofendido, se hubieran escandalizado, me hubieran lanzado a la cara, sordamente, un «¡váyase p'al carajo» rotundo?

Me aparté un poco de ellos, que se habían quedado como satos en cuanto salí fuera, y buscando una breve sombra me acerqué a la pila de destilar, con su espléndido culantrillo abrazando la destiladera, en un rincón. Se me antojó beber un poco del agua de la talla, que imaginé fresquita y con aquel remoto sabor a barro limpio, pero no vi ningún vaso encima del plato que la tapaba, como suele ser uso y costumbre. Bueno, quién sabe si ya no me iba a saber a nada, después de tantos años de tener la boca acostumbrada al agua agria... Me sentía las manos empegostadas de sudor.

El solajero parecía hurgar en las entrañas de todos los olores y enloquecía mezclándolos en una casi borrachera de variedades. La tea de la pila, el revoloteo de colorines de unas ropas lejanas, tendidas en una liña, el frescor del culantrillo, el tabaco, los verdes distintos, la tierra, hasta aquellas palmeras aisladas, puestas descuidadamente al fondo, tras el muro albeado del patio, los eucaliptos que seguían oliendo invisibles... el aire... Me empeniqué para poder alongarme por encima del muro. Me inundó el campo, me abrazó hasta asfixiarme, me recorrió de reproches por mi lejanía, me apretujó toda por dentro hasta sacarme lágrimas... lágrimas que había olvidado que tenía guardadas, que tenía capacidad todavía para ellas... Fijé los ojos vidriosos en aquella sombra oscura de árboles lejanos y me convertí en un caleidoscopio de colores brillantes y olores cambiantes a los embates del aire caliente que iba y venía... ay, mi campo... ¿me quedarían también a mí las raíces aquí? ¿Podría recuperar alguna vez los primeros veranos?

Matilde y yo, niñas-viejas, correteábamos por el campo nuestro, el campo inmenso y breve a un tiempo, el campo de la isla que entonces ni sabíamos que estábamos dentro de una isla, sino allí, en lo nuestro de siempre, desde que abrimos los ojos... Los pájaros, aunque no fueran los mismos de entonces, eran los mismos, los pájaros son siempre los mismos mientras tengan canto. Un capirote es todo el campo, según la hora...

(A veces, el canto de los pájaros me parecía como estar escuchando una leyenda... un romance antiguo, como los de Fuerteventura...)

—Lo mejor que recuerdo de entonces es las telarañas con gotitas de lluvia, entonces parecía como si lloviera más, no sentíamos esta angustia constante, feroz, de la sequía... ¿es que nos hemos bebido toda el agua?

(El agua de entonces ponía un cristal a nuestro paisaje, un cristal limpio, clarísimo... ¿verdad, Matilde?)

—El paisaje, primero era vaporoso, impreciso, como si lo miráramos sólo dentro de nosotras, ¿no te acuerdas?, se aclaraba casi con crudeza después que el coche de hora dejaba atrás Santa Brígida.

(Eso era en invierno, Matilde, a principios de año. Pero en octubre, cuando volvíamos al Instituto, era demasiado radiante desde el amanecer).

—Me parece que no... yo lo sigo viendo vaporoso, casi siempre... lo vi siempre vaporoso desde tan lejos... siempre... ahora...

(Y el regreso, a la tardecita, en el último coche...)

—En ninguna parte del mundo he vuelto a ver noches como las del campo nuestro... Parecía que estaban hechas sólo con dos elementos, ¿verdad? grillo y claridad... Tal vez fuera porque no teníamos entonces luz eléctrica y por eso la oscuridad de las casas, con los carburos, se aclaraba fuera... no sé...

(Sí... el sonido de los grillos era como si tuviera luz, que vibraba... no se callaban nunca...)

—Es que aquí los grillos no tienen estaciones, ¿no te has fijado?

(Fuera de aquí dicen que los grillos sólo son cosa de verano...)

—Sí... fuera de aquí todo es absurdo, todo lleno de estaciones muy bien delimitadas.... Yo me casé en invierno... fue como casarme con La Envidia... Sí, imagínate un personaje de la tragedia griega, uno solo

que encarna o representa a una infinidad de gente de la misma calaña... ¿Te acuerdas de lo que nos reímos cuando leíamos que «El Coro» era una persona sola?

(Tú decías que tendría que ser un actor gordísimo, para dar sensación de multitud, no de unidad...)

—Y después le decíamos El Coro a aquella chica tan gorda, que primero tenía otro hombre, Capullito de Alhelí... Pobre chica, ahora que me fijo parecía predestinada a ser el blanco de todas las burlesterías. A lo mejor es cuestión de genes, vete tú a saber, porque en el pueblo su familia traía de atrás otro nombrete. Los Maníos. Me acuerdo de su padre, Panchito el Manío, como si lo estuviera viendo... Y de su madre, Libradita, con un eterno traje canelo, como una cuca volona, con un imperdible en el escote y una aguja enhebrada trabada cerca del hombro, como si estuviera siempre a medio zurcir... Pero la pobre Capullito se merecía cualquier nombrete, por fachenta y fingida. Fíjate si se la echaba de fina, que en la tienda pedía media docena de «humildes» en vez de huevos... Yo me engrifaba toda, oyéndola, con aquella voz medio fañosa...

(¿Te fijas, qué gracia y qué arte tiene nuestra gente para poner nombretes?)

—Sí, pero lo curioso es que una no puede decirles: póngame este nombrete, o este otro... no, tiene que surgir espontáneo y precisamente el que te va como anillo al dedo, el que te describe de pies a cabeza.

(Tu familia y la mía escaparon de milagro, ¿verdad?)

—Seguramente sería porque no tuvimos nada especial que nos diferenciara, que llamara la atención. Cuando bajábamos al Instituto, por la mañana tempranito, ¿te acuerdas? el coche de hora reunía lo más granado de los nombretes del pueblo, empezando por el propio chófer, Colachito el Cambado... Solían bajar con nosotras Mariquita la Papúa, Manuel el Torondón, Manuel el Florío... Nicanor el Tupío, que además tenía un ojo clique...

(¡¡¡Sí, me acuerdo, me parece que los veo!!! Y Lolita la Malcasada, que además era gaga y nos daba risa...)

—Chacha, qué bien me hubieran venido a mí, después, ese nombrete... Porque si ha habido alguna mujer malcasada, esa soy yo... fui yo.

(El hijo más chico del Esperrío también bajaba con nosotras, estudiaba en la Escuela de Comercio, me parece).

—Sí. Cuando empezó la guerra, su padre se puso volando la camisa azul y se empeñó en que el hijo fuera flecha. La gente decía que con ese nombrete estaba que ni pintado para los desfiles, que ni necesitaba trompeta, le bastaba con la voz...

(Es que era una voz increíble, una pitadera horrosa...)

—Se te metía por el sentido y te dejaba medio sorda para todo el día... Y con las

maldiciones que decía el muchachito,
peor todavía...

(Yo le tenía más miedo que a una lancha de moros...
Un día me amenazó con la puntilla, me dijo que me iba
a picar y me lo creí. Y otro que recuerdo ahora es
Juanito el Bardino... llevaba siempre una cachucha ver-
dosa...)

—Sí. Y él fue el primero que vio una pelí-
cula... y habló tanto, tantísimo de esa ma-
ravilla, que hasta mi familia se embulló y
un día arrancamos todos para Santa Brí-
gida, a ver qué sería eso...

(Recuerdo que yo fui con ustedes... todavía me apre-
taban los zapatos de los domingos... siempre me han
hecho gallina los zapatos nuevos, qué malapata...)

—Como que nos pusimos restrallonas a
más no poder para el acontecimiento... Mi
hermana se pasó dos días en la costurera,
para que le terminara un traje para la oca-
sión...

(Qué día tan inolvidable, ¿verdad?)

—Cuando descubrimos que podía existir
el sueño mágico, proyectado, el sueño
fuera de nosotras, el sueño retratado por
otros... eso fue para mí la primera película.

(Qué mundo más prodigioso nos encontramos en la
oscuridad...)

—Era un local con sillas, como una espe-
cie de almacén adecentado, ¿te acuer-
das?... Y aquella señora tan gorda que
llegó como un trono de Semana Santa y se

sentó en dos sillas juntas, las sillas cuadradas de la Sociedad... A mí me dio una risa loca y a ti tanta pena. Me parece que te estoy oyendo, casi haciendo el bico para llorar, «Jesús, la pobre, lo que sufrirá con su cuerpo»...

(No lo creerás, pero ya entonces me parecía que un cuerpo era bastante difícil de llevar, cuanto más como aquella pobre mujer, que parecía tener que cargar con dos, y con la burla, encima).

—Pero luego se nos olvidó todo con la película, nos pareció que se acababa demasiado pronto, que no había sido verdad aquella maravilla. Aquella mujer fabulosa, con ojos tiznados, toda envuelta en trapos, unos trajes que nunca se habían visto ni se verían en el pueblo, y plumas, y cosas nunca vistas, haciendo unos gestos tan exagerados como si hablara por señas, y con un collar de perlas casi hasta las rodillas, miles y miles de cuentas pensaba yo...

(Creo que era Francesca Bertini o Pola Negri, no sé...)

—Para mí daba igual el nombre, para mí era La Magia, La Maravilla... ¡Cómo soñé con ella, cómo me imaginaba a mí misma en su lugar! Fuerte bobería ¿verdad? Pero es que éramos tan maúras, tan inocentonas y estábamos tan abatadas, tan vulnerables a todo... Menos mal que después, cuando empezamos a estudiar en el Instituto, nos despabilamos bastante aprisa, con el roce...

(Mi padre después se chiflaba por las películas de

Ricardito, de Charlot y La Pandilla, se esmorecía de risa con ellos... Y la gente estuvo siglos hablando del casi milagro, los que no habían podido ir la primera vez, estaban rascadísimos por no poder opinar. Y Mariquita la Moñúa, que siempre fue la emisora de noticias de primera mano, era tal la rasquera por no haber podido ser ella la pregonera, que empezó a decir que eso no era cosa buena, que era cosa del diablo, que no podía ser para cristianos...)

—Sí, y para remachar el clavo va el cura el domingo y empezó a advertir de los peligros del nuevo descubrimiento... pareció zahorí, ¿verdad?... como de costumbre, una parte del clero empeñada en jeringar los sanos y honestos esparcimientos de entonces... y de después, claro... ¡Amargos chochos!

(Jesús, mujer...)

—Para mí que el cura, con lo viejo que estaba, no había visto ninguna película, ¿sabes? Pero, por si acaso...

(Luego, con la costumbre, desapareció aquella magia de nuestras vidas... también desaparecieron los nombretes, las gentes que los llevaban, casi todas...)

—Lo divertido fue aquella vez que mandaron una Guardia Civil nueva...

(Sería un Guardia Civil, ¿no?)

—Que no, mujer, aquí siempre se decía una Guardia Civil, si hasta se cantaba aquello de «a tu madre, chiquilla, se lo voy a decir, que te estás enamorando de la guardia civil». Pues vino uno nuevo, un

peninsular tan guapito él, que se llamaba... ¿Retortullo? o algo así, y la gente se creyó que ya venía con el nombre puesto, y no se atrevían a llamarlo así delante de él... Un día Mariquita la Moñúa, precisamente, que estaba loca por sacarle la filiación completa, lo llamó respetuosamente Don Número, ¿no te acuerdas? como ella había oído decir que llegó un Número al Puesto...

(¿Qué habrá sido de todos ellos, de todo lo que fue el pueblo, lo nuestro de entonces...? Seguirían sus caminos, supongo, pero, ¿habrá habido algo de felicidad en sus vidas, con sus errores, sus silencios, sus aciertos...? ¿Habrán mejorado o empeorado?)

—Has dicho algo sin pensar que me ha enlazado con lo más duro de mi vida, con mis tremendos fallos, mi tambalearme como un tentempié de juguete, de uno a otro... Un raro sentido de mi independencia, puramente personal, puramente, ¿sabes? como reflejado en un espejo... Yo veía, yo hacía las cosas al revés, como desde enfrente... Al querer vivir sólo conforme a mi libre albedrío, ¿podría decirte que fue como una inmoralidad ingenua, inocente, puedes creer esto? ...qué raro, como una pecadora inconsciente que pasaba por todo lo prohibido sabiendo que lo estaba haciendo pero sin saber qué hacía, ni por qué... No, no es justificarme, todo está ya suficientemente pasado y explicado, o lo acabará de estar dentro de nada... No se pueden borrar los hechos cuando son la verdad... amoral, tal vez... pero al mismo tiempo, qué sé yo, como por encima de todo... Y luego eso tan

humano al fin y al cabo, de encontrarlo mal, si lo hacían otros...

(¡Jesús, Matilde, no irás a decirme que...)

—Sí, ya lo sé... Tú siempre ahí como una cataplasma, agarrada a tus creencias como a una tabla de salvación... ¿cobardía, pasividad? Nunca lo supe bien, ni siquiera ahora... Pero yo era distinta, nací rebelde, como si trajera casta de pruebistas, revirada siempre como una panchona, lo decía doña Nieves en la escuela, ¿no te acuerdas? Tanto me rebelaba contra el mar como contra la tierra, así que renuncié a seguirte en creer todo lo que tú me dabas por hecho, a pesar de su enigma... No, hija, lo que no comprendo no lo puedo aceptar porque sí... Te asustaste, casi te me mueres del susto cuando me oíste decirle a Dios: ¿no crees que esto es injusto, lo más injusto que has permitido en tu vida?

(Matilde... ¡por Dios!...)

—¡Pero si se trataba de mí, de mi hija! Tú, empeñada como una pastura en que su bondad es enigmática, en que su misericordia es misteriosa... pero yo no, yo quería ver su bondad, sentir su misericordia al menos sobre algo tan inocente y limpio como un niño... ay, mi niñita de mi alma... Entonces lo rechacé... entonces, claro...

(...¿Y... y luego... Matilde...?)

(...¿Y... luego, Matilde?... ¡¡¡Matilde!!!...)

—Me pasaba desde chica, la oscuridad no me deja oír... A ti lo que te daba más miedo era el silencio, siempre queriendo salir a escuchar los pájaros... Qué guineo tenías siempre con los dichosos pájaros. Yo me echaba a temblar, después, cuando se te ocurría decir de alguien que tenía gestos de pájaro, o la voz fresca como la de un pájaro... «Esta cae como un cortacapote», me decía. Pero tú, seguramente a fuerza de creerlo, tenías algún ángel de la guarda efficacísimo, porque hay que ver que te libraste misteriosamente de cada chasco... de cada peligro... Yo caía de cabeza en todos...)

(Porque querías, Matilde... te encantaba jugar con fuego... Tal vez por eso muchos chicos te huían, desde el Instituto, aunque siguieran como hechizados por ti... y te criticaban, decían que eras una cabra... una buena machorra, sí, pero no para casarse contigo... hasta muchas otras amigas que tuviste hablaban de ti por detrás, pero muertas de envidia por dentro, estoy segura, por no tener ellas el valor que tenías tú de no ser hipócrita ¡en aquellos tiempos, imagínate!... esa hipocresía de la sociedad, que parece criticar lo que más desea hacer... cuando besabas delante de todas a tu novio... bueno, a uno de tus novios, el que fuera... se hacían las escandalizadas, pero bien que iban a cualquier sitio oscuro a besarse con sus chicos, en cuanto podían...)

—O en cuanto encontraban un sitio apropiado, porque hay que ver qué difícil estaba la cosa... Nunca he visto una ciudad donde hubiera más pegas a digamos el marco idóneo para un idilio «a media luz»... Amalita, que era una relajosa pero

disimulaba, descubrió un rincón allá casi al final del barranco, que era una maravilla. Pero poco le duró el contento... y el relajo... Un día la vi aparecer por la plazuela, toda enchapada que se le podía freir un huevo en la cara, seguida por una jarca de chiquillos... ¡fuerte chirgo pasaría!... Cuando la vi la sité pero casi no me oye... Yo no sabía lo que le había pasado, y si la llego a encontrar otro día, seguro que no me lo cuenta, pero estaba la mujer tan insultada y tan agoniada, que si no descarga, revienta...

(Pero, bueno, ¿qué le pasó?)

—Por lo visto, cuando Pepe y ella estaban disfrutando del «retiro», empajándose a conciencia, los mataperros se pusieron de acuerdo para gritarles a coro: «Métesela de una vez, bandío...» Se habían estado empajando con el espectáculo primero, y ellos sin darse cuenta...

(¡Jesús, mi madre... fuerte vergüenza pasaría! Pobrecilla...)

—¿Pobrecilla? No me dio ninguna pena... que hiciera las cosas a la luz del día... Después, el singuango de Pepe, que Amalita le dijo que yo lo sabía, me tenía más miedo que a una lancha de moros... seguramente creía que yo iba a ir con el cuento por todas partes.

(Bueno, puede que te tuviera miedo por eso... pero creo que muchos de ellos te temían por verte inaccesible cuando parecías tan fácil, por verte como tan superior a ellos pero haciendo lo que te daba la gana con

ellos, con sus mentalidades tan estrechas, con orejeras... ellos, a aprovecharse de las ocasiones, pero al oscuro... y viéndolo todo como a través de un fonil: lo ancho para ellos, lo estrecho para las mujeres...)

—Qué miedo tuvieron siempre nuestros hombres a las mujeres «leídas y escribidas», ¿te fijas? No lo creerás, pero una vez le oí decir a la tía de Blanquita que una joven decente no debe leer más que el libro de misa o el Kempis, fíjate tú. Y que así era como se podía pescar un buen partido...

(Todavía a estas alturas, sólo de oír esa palabra, pescar, me hace coger una vieja... qué vergüenza, pescar a un hombre...)

—Sí, pero no se puede negar que era el deporte favorito de las mujeres de aquellos tiempos. Desde chica se les enseñaba todos los trucos para tener éxito, y a ver quién pescaba el pez más gordo, lo que se llamaba un gran partido. En cuanto levantaban un palmo del suelo, les enseñaban a engodar el anzuelo, a pasarles por las narices sólo un mínimo de carnada, para que les entrara la jirivilla... y en cuanto se descuidaban, ¡zas! el macho salema que pica con un pelo de mujer, casi analfabeta, además...

(Yo creo más bien que en el fondo a lo que tienen miedo los hombres es a la mujer en general... a que tienen que reconocer su dependencia del sexo... y ese tener que agachar el morro ante la evidencia, les brota en una especie de rencor hacia ellas... según voy envejeciendo, más me afirmo en creer esto... como si presintieran que en cuanto se descuiden, ellas se van a echar

fuera del plato y ellos van a perder el mando ancestral de superioridad que han venido disfrutando... Por eso temen, o temían tanto a la sola idea de una mujer con estudios, con algo de cultura... por eso querían que no leyeran sino el libro de misa... y si reparaban en lo que dice San Pablo de las mujeres, ¡mejor todavía!)

—Pues en mi casa, en cambio, más bien pasó al revés, ya lo sabes... Mi madre no estaba muy conforme con que yo estudiara. Si no llega a ser por mi padre, apoyado por mi abuelo, que se lo machacó siempre, hasta su muerte, me hubiera prohibido hasta bajar al Instituto... Me parece que lo estoy oyendo: «La niña, Pino, que estudie... ¿oítes?... que estudie, que se haga gente...» Pobrecillo... me gustaría encontrarlo ahora y darle las gracias... Porque mi madre todo lo más me hubiera dejado estudiar para maestra, casi el único recurso para las mujeres, entonces.

(Sí, la Maestra era la única que se salvaba de los resquemores, de las aprensiones masculinas hacia los estudios de la mujer. Y si era fea y solterona, mejor todavía... no veían en ella a la mujer, sino como a la institución en general. Al fin y al cabo, tenían que reconocer que era la que intentaba desasnar a sus hijos, sobre todo a los varones, porque ¡cuidado que ponían reparos a que fueran las niñas a la escuela!, ¿te acuerdas? siempre encontraban alguna disculpa para que dejaran de ir).

—Lo de siempre: las niñas en casa, a ayudar a las madres. Y daba una pena ver a aquellas chiquillas que apenas podían tenerse en pie, acarreado agua con la talla a la cabeza, o la lata belmontina sobre el ruedo, casi siempre descalzas, con

los piecitos amoratados... muchas de ellas con el hermano chico escarranchado en el cuadril... Porque los matrimonios, venga a tener hijos continuamente, porque no tenían otro entretenimiento, pero ¿quién cuidaba a aquella insalla? Las niñas... Es curioso, hay que ver el regocijo de un padre cuando nace un varón: «es un machillo, es un machillo»... con la boca en las orejas de privado. Y lo atorrados que se ponen para anunciar que fue una hembrita... como si fuera un fallo imprevisto de su virilidad...

(Jum... pero después, hay que ver lo bien que saben sacarle el jugo a las niñitas, ¿eh? con esa disculpa de que tienen que aprender a ser mujeres de su casa... lo que quiere decir, futuras servidoras de varones...)

—Cuando yo estuve en vena pictórica...

(¿Tú en vena pictórica? Pues te guardaba el secreto...)

—Pues lo estuve, fíjate tú... Soñaba con pintar grandes óleos, una especie de denuncia rural, con todas aquellas cosas del campo nuestro que me dolían hasta la médula, y luego regalarlos a los ayuntamientos... regalarlos, que conste, porque si hubiera intentado venderlos, ya podía esperar un NO como una casa, con la sorrocloca disculpa de siempre: No hay presupuesto para cultura...

(«Me parece que te veo, burro blanco en el terrero...»)

—Hubiera sido inútil, de todas maneras,

porque casi toda la florida saga de alcaldes que se han ido sucediendo en nuestra espiral de isla, han sido astutamente míopes para lo que no les convenía ver...

(Sí, ya se sabe: no hay peor sordo que el que no quiere oír.)

—Equilicuá. Pero, hija, ¿has visto nada peor que el vidente que se hace el sordo-ciego?... Oye, ahora me acuerdo de que doña Nieves, a pesar de su larguísima maestría, decía toballa...)

(Sí, y yo también... me corrigió tu abuelo, ya ves... pero yo creo que a las maestras, a la larga, se les van pegando las cosas de los pueblos, y el habla más que nada... y muchas, sin darse cuenta, acaban diciendo maldiciones, como los hombres...)

—Sí, eso de decir maldiciones era otro de los privilegios exclusivos de ellos... pobres hombres, a pesar de todo, tan vulnerables también a la vanidad, al halago... Fíjate, yo pienso que hasta la mujer más boba del mundo, con unos pechos granditos y cierta facilidad para echarles incienso, con el engodo del sexo acaba atrapando al que le dé la gana... Dicen que cada hombre tiene su precio, pero qué quieres que te diga, yo creo que no es tanto cuestión de billetes o del dote como de adjetivos halagadores... unos necesitan más, otros menos... Y por encima de todo, hacerles creer que son superiores, que como ellos, como cada uno, no hay nadie... qué lástima...

(Parece mentira, que algunos que para otras cosas

son tan inteligentes, no se den cuenta de su vulnerabilidad, con razón dicen siempre los franceses eso de «cherchez la femme»...)

—Y por otro lado, siempre tan susceptibles a la idea del ridículo... Erizados de susceptibilidad ante cualquier alusión que pudiera dejar en el aire una duda, una sospecha... Me refiero a ese oculto temor a que pudieran creerlos maricas. ¿Te has fijado que no hay un solo hombre que no se apresure a gritar, satisfechísimo de sí mismo, que él no entiende de belleza masculina, cuando las mujeres están diciendo que Fulanito es guapísimo? ¡Y claro que entienden, porque tienen ojos en la cara! Mira cómo saben en seguida que ese machango que dibujan en los tebeos es más feo que el demonio...)

(Sí, tienes razón... jamás reconocerán que otro hombre es guapo... Pero a lo mejor es que sienten cierta envidia y les fastidia que las mujeres no paren de hablar ahora de Robert Redford, como en nuestros tiempos hablábamos de Robert Taylor, de Tyrone, de Clark Gable...)

—Ay, Clark Gable... ¿verdad que era divino? Yo estuve loca por él...

(Y yo también... hasta en el libro de Física tuve recortes de fotos de él...)

—Pero no creo que sea sólo envidia lo que sienten, yo sigo empeñada en que son susceptibles a la idea del ridículo, a la más lejana sospecha de que los amigos crean que si su mujer se chifla con un artista guapo, es porque en cierto modo es como ponerles los cuernos, aunque sean unos

cuernos inexistentes... Y hasta juraría que por eso se sigue manteniendo en España la Fiesta, ya sabes, las corridas de toros, aunque les revienten ya, por anticuadas, y hasta les disguste a la mayoría, sobre todo a los jóvenes... ¡Pobres animalitos, tan espléndidos y tan llenos de vida, cómo se ensañan con ellos! No siguen sólo por turismo o por mantener la tradición, ni siquiera por el negocio, no me lo creo, sino porque como la palabra cuerno les pone erizados de susceptibilidad, sienten cierto malsano recochineo, una especie de placer morboso y profundo que parte del fondo de su virilidad, al ver que siempre se acaba matando al toro, y el toro tiene cuernos... Pasando esta escena a la sociedad, fíjate cómo se burlan de un marido engañado por su mujer...

(Sí, en sociedad, la caridad consiste solamente en responder a las cuestionaciones, sobre todo si preside la Mesa una señorona...)

—Yo sigo con mi guineo. El hispano cree de necesidad, como para afirmar su machismo, ponerle los cuernos a su mujer, eso es cosa de hombres, faltaría más, es más macho que nadie, pero su mujer sólo para él, y las demás también, si puede; mucho exigir la virginidad femenina para la noche de bodas, aunque ellos no puedan ofrecer lo mismo a cambio, pero hay que ver qué tremendo y tesonero empeño ponen en que no quede una virgen mientras ellos puedan remediarlo...

(Eso era antes... los chicos de ahora no se preocupan tanto de eso, creo yo...)

—¡No me interrumpas, jinojo! Pero si su mujer es la que alguna vez tiene la feliz idea de devolverles la pelota... fijate cómo le cae arriba la sociedad toda, mujeres incluso, ¿cuándo van a ser las mujeres solidarias entre sí, practicando esa especie de masonería que tanto resultado les da a los hombres?, incluso mujeres también engañadas... Porque el adulterio, en el código calderoniano que rige aquí

(Que eso era antes, mujer, y perdona que te interrumpa...)

—castiga a la mujer severísimamente —casi todos los jueces son hombres, por no decir todos— pero te deja la impresión de que casi, casi, le da unas palmaditas en el hombro al macho acusado de adulterio, como diciéndole: «¡Qué tío eres, sinvergonzón!» Conocí el caso de una amiga que tuvo que recurrir a la separación legal, porque el marido era un caso perdido, un verdadero trauma para sus hijos y casi los estaba dejando a pedir por puertas, entre querindangas y otras bromitas parecidas, y cuando fue al abogado para iniciar el expediente, se encontró con la increíble sorpresa, así para empezar, de que ya el abogado daba por descontado que la falta sería de ella... vamos, como si le pareciera absurdo, inadmisibles a su mentalidad, que una mujer pudiera tener la loca idea de separarse de un hombre... ¡de un Hombre! por iniciativa propia...

(Mujer... no siempre...)

—¿Que no? Acuérdate de aquello que

leímos a la escondida en el bufete del abuelo de Carmen, ¿no te acuerdas? Eran sus papeles para la defensa de un marido que mató a su mujer porque la encontró con otro, en el lugar donde le había soplado un tercero, como es natural, solidario acérrimo con el Varón. Lo absolvieron, claro, ¡menuda defensa hizo el abogado!... Y lo que nos reímos cuando se le presentó, ironías de los juzgados, el caso contrario, el de la mujer de Telde que mató por celos a su marido, un pendón de campeonato... Con qué extraordinaria, increíble fresca machista volvió la oración por pasiva... Juraría que le sirvieron las mismas ideas, pero al revés... Aquello se me quedó clavado, hasta diría que marcó en cierto modo mi vida futura, que me parece que ahora mismo podría repetir párrafos enteros de lo que leímos...

(¿Podrías... de verdad podrías, Matilde?)

—Ahora está todo tan claro... mis diapositivas de recuerdos están desfilando ante el Jurado... ¿o ante el Juez, ya?...

(¡Matilde...!

—¡Jem, jem! Procuraré poner voz tonante, campanuda. El crimen pasional según lo cometa el sacrosanto hombre o la miserable mujer. No olvidar que hay que utilizar los sobados términos jurídicos de la fémina y la erotización del ambiente, con deterioro de nuestras santas costumbres, deterioro que tanto daño está haciendo, tratando de inducir a la mujer a una emancipación ilegal, absurda, impía y

abiertamente en contra de todos los principios seculares básicos de nuestra patria. Con tanta publicidad callejera y cinematográfica, indigna de una ciudad española de pro, publicidad expuesta incluso ante ojos inocentes que como es sabido pululan indefensos por nuestras vías a toda hora, dada la gran cantidad de vacaciones de que disfrutaban en edad escolar, por mor de circunstancias ajenas a nuestra voluntad, ya que me resisto a pronunciar esa abominable palabra, huelga...

(Esto lo has añadido tú, Matilde, estoy segura... En nuestros tiempos no dejaban que existieran las huelgas...)

—Pero pega muy bien, mujer, más actualizado... El, la víctima, ese hombre bueno que la llevó al altar, depositando en ella, confiándole la fundación de una familia, un hogar cristiano, etc., etc. Y ella, esa mujer infame que no supo o no quiso perdonar la natural ligereza pasajera, eso sí, sin mala voluntad, de muy buena fe, del varón, tan viril él, este varón tan sujeto hoy en día a tentaciones constantes, por el creciente incremento de la inmoralidad en las modas femeninas, que es el acabose, y el desdoro de la moral ancestral... desdoro que cae cual rayo fulminante en el propio desdoro de la fémina y la erotización del ambiente... El, este esposo que precisamente en defensa de nuestras ancestrales costumbres ejemplares, asombro del mundo entero, luchó en los frentes patrios, en zona noble, durante nuestra sacrosanta Cruzada de Liberación contra la canalla marxista... sí, Cruzada, digo bien,

indiscutible Cruzada que salvó a toda Europa de la saña marxista y atea de las campañas siniestramente planificadas en contubernios judeo-masónicos que pretendían infiltrarse en nuestro bendito suelo, regado con la sangre de sus mártires... tarea que sólo a España cumplía llevar a cabo heroicamente, sin que nadie de p'afuera se lo pidiera porque no convenía...

(Matilde, no exageres, estás como un cencerro...)

—Bueno, olvida el inciso... leí tantos periódicos en otros tiempos, que sin querer me salen de carretilla todos los heroicos tópicos de los discursos de entonces, que los ponían completos en la prensa, porque no podían apenas poner otras noticias, hasta con unos paréntesis preciosísimos que decían cosas así: (Una voz: ¡Viva tu madre!), etc... El abogado se empajó menospreciando a la víctima del primer caso, de milagro no dijo que afortunadamente ya estaría asándose en los infiernos, tizonazo va, tizonazo viene, en sus partes pecadoras... por haber osado ser infiel al varón, ¡al varón!... no sé cómo se le escapó tan inefable consuelo para los asistentes al juicio, seguramente todos ellos fieles cumplidores de las cristianas normas de vida que oficialmente imperaban... todos muy santos y cumplidores, de dientes afuera...

(Y que la gente entonces señalaba a los que no iban a misa, parecía como si pasaran lista, ¿te acuerdas? A mí me dijeron que uno que no había ido a misa en toda

su vida, tuvo que empezar a ir con toda la familia, a toda carrera, porque casi pierde el empleo que tenía...)

—Recuerdo también con qué placer acusaba a la otra protagonista... esa desgraciada, impura, lasciva mujer que no vaciló en manchar el lecho conyugal (aquí metió la pata, porque según leí en el periódico, se iba a la pensión del comisionista para los asuntos de rigor...), robando su cuerpo a su legítimo dueño por el santo vínculo del matrimonio, yaciendo con otro miserable... ¡Se puso al dos de bastos! Pero, claro, «se olvidó» de mencionar que por su parte, él, en vida, yacía que se las pelaba con montones de «miserables», y si no que se lo preguntaran a tanta muchachita tomatra a las que obligaba a «yacer» coaccionándolas con la aparcería de sus padres...

(Jesús, Matilde, ¿estás segura?)

—Palabra de honor, lo supe de buena tinta. Pero el probo jurista siguió machacando hasta convertirlo en un cuadro digno de Pradilla lo menos: manchado el honor familiar, pensar en esas pobres criaturitas hoy huérfanas de padre, manchadas por la reprobable, imperdonable acción de esa infame manchada por los celos y el vicio... como ves, mancha va, mancha viene, Cielos, qué mentalidades...

(Pero, fuerte memoria tienes, Matilde...)

—Sí, por desgracia, siempre me acordé de todo... eso fue lo malo... me acordaba tanto de todo, que llegado el caso lo sa-

caba a relucir y me volvía implacable... Ahora me doy cuenta de que debí parecerme en muchas ocasiones al prosopopéyico abuelo de Carmen... Como un quitamanchas inútil, no quedó mancha que yo no sacara a relucir... Fui como una especie de Registro de Rencores, en ocasiones...

(Pero, Matilde, ¿cómo podías ir por la vida con ese fardo horrible del rencor...?)

—Yo soy-era así... El más antiguo intenté contártelo una tarde que venía el coche de hora casi vacío, llovía todo el tiempo y sin tener apenas edad para la nostalgia, me sentía nostálgica... de no sé qué... a lo mejor era un anticipo, como yo siempre quería estar en vanguardia... o a lo mejor era que me iba a venir el período (entonces se decía que íbamos a caer malas, ¿te acuerdas?) y ya sabes que en esos días una se vuelve ligeramente distinta, sobre todo en la adolescencia, hipersensible, a veces engrifada con todo...

(Yo solía tener tonturas el día antes...)

—Jum... Tú siempre tranquiilla, ¿no? Estuve a punto de contarte el resquemor que sentía por mi hermana... hasta hace poco no empecé a perdonarle sus chafalmejas, cuando murió.

(Pero, Matilde... si tu hermana era mucho mayor que tú... estaban los tres varones en medio... y no se metía en nada, ni nos hacía caso...)

—¡Que te crees tú eso! Mi hermana, lo que

le pasaba es que era una sorrocloca tremenda, de veras... Una mosquita muerta, de esas que parece que no moja pero sorroballa.

(Quién iría a decirlo...)

—¡Para que veas!... Fue después de aquel inesperado Notable que tuve en Literatura por el ejercicio que me salió tan bonito, gracias a que me soplaste unas ideas, la verdad. Todavía sigo sin explicarme aquel Notable, porque ya sabes que nunca fui aficionada a escribir, que hasta las pocas cartas que he escrito me salieron siempre de cualquier manera, y me jeringaba horrores poner acentos y comas. Yo trabajaba más bien a fuerza de punto y seguido, ¿te acuerdas, que a ti te daba tanta risa y me decías que hasta parecía tan moderno?... Pero nunca te dije que después de aquel dichoso Notable me entró una ilusión tan terrible, que hasta me daba vergüenza decirlo, una especie de pudor... Empecé a escribir para mí misma una especie de diario, en la libreta que me sobró del curso anterior, que la guardaba en la gaveta de abajo del ropero del cuarto de costura, que nadie usaba por no agacharse y porque tenía el fechillo ferrugiento... Muchas cosas me las inventaba, porque lo que es pasar, la verdad es que nunca nos pasaba nada como para dejar constancia, ¿no?

(Tienes razón... a mí tampoco me pasaba nunca nada, todos los días iguales, iguales...)

—Mi hermana me quitó con su burla la

primera ternura hacia mis papeles, mis escritos tan bobos... la primera y la última, porque la muy fresca me los encontró un día y se rió tanto de mí, que ¡cruz y raya! Mi imaginado mundo de sucesos que nunca ocurrieron pero que eran como el contrapunto ¡tan necesario, ahora lo veo! para aquella insulsez vacía de hechos que era nuestra temprana adolescencia, me los hizo trizas con su burla, tan innecesaria, además... porque ella tenía otras cosas de qué hablar y de qué reírse, ya era mayorcita y tenía sus pretendientes y todo... Qué furioso dolor me produjo ver mi ridículo diario estúpido, de niña inocentona, puesto al desnudo... lo rompí después con un verdadero ataque de rabia y de pena, todo misturado como son las cosas a esa edad, infinitamente dolida por haberse revelado su tonto secreto... ¿Para qué, por qué aquella burla?

(Qué pena, mujer...)

—Es que ella era así, insaciable en su curiosidad, todo tenía que pasar por ella, por sus oídos, por sus ojos, por su burla... Se acercaba a todo sigilosamente, para reírse después y compartir la burletería con otras personas... buscaba implacablemente en qué cebarse... ¡y menuda lotería le tocó con mi diario!

(Dios... no hay derecho...)

—No... no había derecho a romper un mundo infantil, por muy bobo que fuera, por muy ridículo que pareciera... Bueno, de todas formas no se perdió ninguna glo-

ria literaria, pero sí se rompió un trozo de un futuro soñado que tan tímidamente se gestaba en aquella escritura, sin personalidad, ya lo sé, pero trazada con la imaginación poderosísima que hay hasta en la niña más simplona... porque a partir de entonces me fue imposible escribir nada... hasta me suspendieron en cuarto por las redacciones tan horribles que hacía, ¿no te acuerdas? Luego, nunca escribí apenas a nadie...

(Sí... eso ya pude comprobarlo... nunca me escribiste...)

—...Pero es que ella necesitaba siempre burlarse de algo, lo mismo que ser la primera en enterarse de todo... era así siempre, ahora me da pena, porque pienso que fue porque no tuvo nada más por dentro... Se acercaba a las conversaciones de otros (la de pleitos que se llevó de mi padre por esa costumbre) siempre con sigilo, cualquier escorroso de voces le hacía brillar los ojos de curiosidad, y se acercaba sin que la notaran, para enterarse de todo, de cosas que ni tenían importancia... En fin, por lo visto parecía tener que satisfacer esa insaciable necesidad de ser una especie de culichiche siempre.

(Nunca me lo hubiera figurado...)

—Pues así fue cómo sin tener el menor derecho, me rompió mi mundo, que era el mío y no el suyo, ¡canastos!, porque yo lo necesitaba y ella no, era mi asidero... Y cómo no iba a ser después rebelde, siempre deseando escapar... No te puedes figu-

rar cómo me hirió en esa pequeña sensibilidad que se estaba larvando en mí... claro, no pensó nunca en todo lo que destruía con los zarpazos de su curiosidad, de su burla... ni si se podrían reconstruir...

(No... esas cosas no tienen soldadura...)

—Pienso ahora que su problema fue que era tan poco inteligente...

(A mí nunca me hacía caso... parecía que sólo le interesaban los muchachos o irse a ajustar a la costurera...)

—Tal vez no se daba cuenta... pero me gustaría saber si le hubiera gustado que le hubiéramos hecho a ella lo mismo. Pero la verdad es que mis hermanos y yo apenas intentamos muy de relance nada contra ella... No le teníamos miedo, sino que éramos de otra forma más pasiva entonces... sus urgencias de ser siempre primera figura, sus exigencias de mimos únicos y exclusivos, excluían todo lo que no fuera ella...

(Sí, eso sí me parecía, como si fuera celosa y quisiera acaparar toda la atención...)

—Pues, ya ves... a ella le debo el primer chubasco rencoroso, que luego creó muchos más, fue como la semilla... porque hasta entonces yo desconocía el rencor, estaba limpia por completo... Y si vieras cuánto tiempo me pesó en el pecho, en la cabeza...

(Jesús, mujer, y yo sin poder ayudarte... no sabía nada...)

—Ni tú ni nadie... Y fíjate, ahora me ha entrado una curiosa, casi conmovedora ternura maternal por aquel diario absurdo... ¿qué diría yo en él?... ¡si lo sé no lo rompo! como lo rompí a furiosos pedazos, con las manos más rabiosas todavía. Esos trozos fueron mis únicas lágrimas, porque el pudor de mi furia no me dejaba llorar abiertamente... Y no acabó ahí la cosa, porque después, tantísimo tiempo, hay que ver cómo aprovechó hasta la saciedad aquel material de primera mano y me encerró en un hipersensible mundo erizado de complejos... son cosas de la edad, decía mi madre... huyendo de todos, siempre amulada, incomunicada por el miedo a más ridículos... fuerte entullo, querida... En casa me volví una niña taciturna, ¡claro, cómo no iba a serlo!, huyendo antes de tener que huir, engurruñada por dentro sin darme cuenta de por qué... Me salvó mi imaginación, el silencio y la amistad, tu amistad...

(Ay, querida...)

—Luego, todo pasó...

(Menos mal, mujer... me alegro...)

—Jum... pasó hasta que volvió a pasar, años más tarde, cuando ya nos habíamos venido de arrancada del campo...

(¿Ella... otra vez?)

—Volvió a hacerme trizas otro sentimiento

distinto. Ya tú habías dejado el Instituto y estabas empleada no sé donde, ¿te acuerdas? Yo estaba como las demás, preparando esa traquina de la Reválida, que se acababa de imponer y no sabíamos bien lo que era... Ya andábamos, claro, con los primeros coqueteos, las ilusiones tontas por ver a un chico, o a otro... Y va la muy indina y me hizo añicos el límpido cristal de un liviano enamoramiento platónico, porque no fue de la persona sino de su leyenda, ¿sabes? Bajo la disculpa espléndidamente utilizada de un hipotético sentido del deber, en su postura de hermana mayor, encubría la más vil de las palabras, espionaje. Una especie de paternalismo absurdo, que no tenía otra razón que el querer seguir siendo «ella antes que nadie», La Protagonista, ¿sabes?, La Muchacha, como le decíamos antes a la protagonista de las películas... Su pseudoperfección se mantenía así en el candelero... nunca un fallo, nada a la escondida, siempre por el claro camino del deber, de las conveniencias...

(Chacha, si me parece que estoy leyendo otra vez «La Buena Juanita»... aquella maldita Juanita de tirabuzones...)

—¡Dios! Qué inmensa falta de respeto al mundo de los otros, de los que veían los caminos de otra manera, de los que creían que esos caminos se extienden por todo el mundo, en todas direcciones, que no ha de ser la misma para todos, que cada cual sigue la suya y lleva su carga... mirando a su meta, que no tenía que ser la suya pero que ella creía que sí, que tenía que ser así

porque era la que ella seguía... Como si le molestara todo lo distinto, lo que no fuera la eterna rutina, ¿te das cuenta?

(Estoy asombradita...)

—Informaba de todos mis pasos, mis inocentes pasos de aprendiz de bohemia teórica, como un espía vestido de máscara de paisano. Me llegó a parecer que las calles, que toda la ciudad estaba llena de espejos que reflejaban a los cuatro vientos todos mis pasos... Con esos tejemenejes, que me tenían de Herodes para Pilatos para engañarla a mi vez, estuvo a punto otra vez de volverme a la taciturnidad de antes... Ahora, desde este tiempo, lo veo como un episodio tan tonto, tan sin importancia ya... Murió joven aquel amor legendario que tanto trabajo le dio a ella. ¡Pobre muerto lejano, que compartió sin saberlo mi carga de huidas, mi tramo de barreras...!

(Y todo esto, ¿tú sola, Matilde, sin decirlo, sin decírmelo?)

—Te veía poco entonces... Pero de todas formas ya tenía mi Angel Protector dentro de mí, mi alegre compañero invisible que me convertía todos los aconteceres amargos en sonrisas incomprensibles para los demás... Si se creía que con su absurdo espionaje iba a escacharme mi vivir, se cayó con todo el equipo. Yo tenía ya mi escudo y mi defensa, ¿no era así lo de los Salmos?, tenía mi nuevo mundo de ideas y de planes para mi futuro, y mi voluntad absoluta de realizarlos. Y vaya que sí, que los realicé... Bueno, si a veces me salió el

tiro por la culata, eso sí que no fue culpa de ella... ¡Qué géito tuve para conseguirlo, muchacha! En mis sueños no podía entrar nadie que yo no quisiera, ni romperlos nadie... Su morbosa curiosidad chocó por fin contra un tenique irrompible...

(Menos mal...)

—¡Lo que hubiera dado ella por enterarse entonces de lo que yo tramaba...!

(Lo que me duele ahora es no haberte podido echar una mano... como yo también estaba aprendiendo a vivir entonces... Precisamente había caído en la mística y quise hacerme monja, en mala hora...)

—Ah, pero entonces ¿lo del convento no era auténtico?

(Sí... fue momentáneamente auténtico, como todo lo mío... aquella especie de sacrosanta seriedad que me infundía el convento... bueno, más que el convento en sí, mi idea del convento...)

—Menos mal que te escapaste a tiempo... Pero, ¿por qué te dio esa ventolina de dejarlo?

(Porque a las monjas aquellas no había por dónde cogerlas... ¡Jesús, qué manada de histéricas todas ellas, siempre bisbiseando como si todas fueran peninsulares...! Tanto las jóvenes como las viejas parecían que estaban en perpetua menopausia. Esto te da una idea del abismo entre la teoría y la práctica. Yo que entré allí creyéndome una iluminada medieval, lo menos...)

—Jum, ya lo veo: «con ansias en ardores inflamada»... ¿no?

(Pero, Matilde, si es «en amores inflamada»...)

—¡No seas chinchosa hija, qué más da ahora...! Pero, volviendo a lo de antes, no te preocupes por no haberme podido echar una mano, porque yo estaba ya como encerrada en la gran mano de mis sueños, ¿no ves? Por eso la mandaba a freir bogas al Toril... Lo demás me daba todo igual. Y en el fondo disfrutaba como una loca tramando mis mataperrerías...

—...Pero luego, ante el otro gran rencor que guardé casi hasta ahora, sí que me vi desamparada, me sentí impotente, ya estaba todo demasiado denso, apretado... y no podía echar mano a mis antiguas defensas porque sueños me quedaban pocos, ni ganas... tú ya estabas lejos, o era yo la que estaba lejos... me estaban royendo mi alegría vital, y eso sí que era grave... peligrosísimo, además... porque alimentarte sólo de desprecio no basta, se te vuelve en contra... la atmósfera se enraece y la respiras tú también... y no puede ser, no debe ser...

(¿También... ella...?)

—No... él...

—Fue como casarme con La Envidia... fue como casarme con La Envidia... me rompió los sueños y los hijos de mis sueños... Con su supereficiencia seca, árida, feroz, impersonal... esas raíces que sólo echa la planta de la envidia, me los fue desligando

para deshacer mi mundo, mi soñado mundo de manos enlazadas, de confianza recíproca, de contarnos la vida... La Amistad... en cuanto brotaba la menor alegría, aunque las risas fueran un remoto coro pequeño, pero compartido, caía su irritada espada de envidia por no poder entrar, por no saber, por no tener capacidad humana y amorosa y comprensiva para ello... y destruía los impalpables lazos hasta romperlos por rechazo... ya ahora, para siempre... ay, qué palabra tan feroz: Siempre...

(Matilde...)

—... y si iban quedando hilitos tiernos, que aún se me tendían de vez en cuando como para endulzar mis hilachas amargas, volvía, al primer intento, a darles el tajo feroz...

(Ya...)

—Qué pobre envidia sin recompensa, sin esperanzas, que es lo peor de la envidia, qué extraño afán de poderío, de posesión sin poder tener, sin saber poder... cómo era posible envidiar hasta la pobreza del pobre, la amargura del amargo, la muerte del muerto... ahora lo veo como una impotencia de amar, como un retorcido y corrosivo deseo de romper las barajas de la vida para que nadie jugara, porque no sabía, no podía jugar a ese limpio juego tan sencillo... ¡si no había qué ganar ni qué perder!... eso nunca se le ocurrió... Había simplemente que entrar en el juego con buena voluntad y lo demás se daba por añadidura... Teniendo tanto, envidiaba hasta lo que no tenía los demás...

(Dios mío... Matilde... ¿quién...?)

—¡Quién iba a ser! Pero, bueno, olvídale... Mi abuelo hubiera sido el único que en cierto modo me lo hubiera entendido todo... Ya ves, él tan campurrio, tan tosco, como el campesino que fue siempre, sabía siempre lo que me pasaba, pero como si lo supiera por dentro, ¿sabes? como si fuera zahorí, jamás hubiera sabido explicarlo con sus escasas palabras... ¿Te has fijado qué vocabulario tan reducido tenían nuestras gentes de antes? Pero, curiosamente, disponían siempre de las palabras estrictamente necesarias... es maravilloso... Y esa especie de sabiduría natural que les va dando el paso de los años, la escasez, su resignada pasividad, casi fatalista...

(¿Sabes que yo siempre te envidié tu abuelo? Como yo no conocí a los míos... Aunque tu abuelo me parecía el hombre más viejo del mundo, también lo miraba como al hombre más guapo de todos... soñaba con él, ¡qué bobería, verdad! Siempre pensé que tener un abuelo era algo muy importante...)

—Era tan alto, doblado, tan lento en su andar, pero casi sin pararse nunca... parecía que con sólo mirar al cielo y a la tierra ya lo sabía todo. Y ponía tal ternura cuando andaba con los millos, con los pájaros... él y el perro se miraban a los ojos tanto rato, mientras él se echaba su cachimba sentado en el poyo del enlatado... a mí me parecía eso misteriosísimo, rarísimo... ahora estoy segura de que se contaban cosas en silencio... ¿Te acuerdas de la costumbre que teníamos enton-

ces de pedirles la bendición todas las noches, antes de irnos a acostar?

(Y para saludarlos también... Me acuerdo que yo le decía a don Juan Bravo: La bendición, padrino...)

—Yo le besaba la mano a mi abuelo y a mi padre, pero en la mano de mi abuelo, tan ancha, tan áspera, oliendo a tierra, ponía los labios con verdadero fervor... como si con eso ya le contara todo, y él lo sabía... Creo que yo ahora podré ser la reencarnación de sus silencios... y de sus miedos...

(Oye, ¿verdad que nuestra gente en el campo parece tener siempre un miedo lejano, oculto, nunca dicho? Es una impresión que he sentido siempre...)

—Sí... yo ahora lo entiendo todo... dentro de la oscuridad veo tantas cosas claras, al fondo...

(Qué pena que no nos viéramos más... que nunca me escribieras, mujer...)

—A pesar de lo que te dije antes, sí me ponía a escribir, de vez en cuando, pero me escribía a mí misma, fíjate tú... escribía en cualquier papel todo lo malo, desagradable o angustioso que me estaba pasando, y después lo rompía... ¡Así estaba, cada vez más retorcida, más morbosa, casi alienada, como se dice ahora! Pero estoy convencida de que nunca una pena es una pena de verdad, con toda la barba, porque luego me reía de mis penas escritas, con

los pizcos de papel todavía en la mano... si vamos a ver, eso podía llamarse trasvase anímico, ¿no?

(Qué fino te ha salido, ¿eh?)

—Pero seguía siendo muy cuica, como campurria que soy al fin y al cabo. Si lo que había escrito era medianamente indiscreto o peligroso porque contenía eso que en un ensayo filosófico, leí que los japoneses llaman «materia de rabia», lo rompía volando. Pero cuando era más bien «materia melodramática»...

(Escuela hispánica, por supuesto, ¿no?)

—¡Vaya, qué graciosa la niña! Pero reconozco que con la materia melodramática lo pasaba muy bien, como cualquiera que disfruta escuchando los seriales de la radio... Aunque la verdad es que a pesar de intentar reírme de mí misma, me sentía tan derrotada, perdida, solitaria, vieja... Un día leí un anuncio: «Usted necesita un suplente». Qué risa me dio... Pero la primera mano que se me acercó, la apreté... Me faltaba la mano adonde asirme, pero no en sentido figurado, no creas, sino físicamente, ¿sabes? sentirme segura, acompañada... siempre me gustaron más las manos de los hombres que las de las mujeres, ya sabes...

(¡Jum...!)

—Aquí hubiéramos dicho sin vacilar que parecía un bicho parra... un chuchango... Tenía una mano fofa, las uñas bastante

sucias, pero se las mordía como una fiera... ¿Te lo imaginas como apoyo de mi vida?

(¡Ni loca!)

—...Pero era la única que en aquel preciso momento estaba allí...

(¿En qué momento, Matilde?)

—Ya te digo, en aquel preciso momento... el de la soledad... ese preciso momento que tan bien saben aprovechar algunos... Y si vieras qué cursi era el cristiano... tan cursi en todo, trasnochado en cada palabra, en cada gesto, ¿cómo te diría yo? como un tango mal cantado, a deshora... Este fue otro de los tiros que me salieron por la culata... Pensó que yo podía servirle de escalera para trepar hacia algún algo que llevaba por dentro, su ambición social... O como una bandeja de plata bien frotada con mangrina... ¿Te imaginas un chuchango presentado sobre una bandeja de plata como las del escaparate de Pflüger?

(Mujer, no seas cruel... si te echó una mano, aunque estuviera sucia...)

—Para aprovecharse, no te quepa la menor duda. Y para intentar demostrar por enésima vez la firme convicción que tienen todos nuestros compatriotas de que a una mujer que se queda viuda hay que hacerle un favor en seguida. ¿No te has fijado cómo rodean los hombres a cualquier viuda joven, qué empeño ponen en

consolarla, como para que no se diga? Y si en mi caso yo iba a servirle además de bandeja...

(Es que tú fuiste siempre tan... brillante, Matilde, tan espléndida...)

—Puro bluff, hija. Yo no he sido nunca más que un bluff.

(¡No me digas!)

—Y no lo creerás, pero envidiaba tu solidez, tu sensata locura.

(¡Oh, no... Matilde... por favor...!)

—Tú elegiste desde el principio. Tu innata sensatez te permitió conocer siempre, sin rebumbios sentimentales, dónde estaba el límite justo entre sensatez y locura de vivir.

(... es que a mí me iba bien mi sitio...)

—Yo fui siempre como los fuegos artificiales una «vistosa pieza de artificio» que tenía su momento espléndido, deslumbrador, mientras se quemaba, para luego quedarse en nada... Un manojo de voladores para la fiesta del pueblo...

(Mujer, tal vez era eso que ahora llaman carisma...)

—... Bueno... a lo mejor era carismático, pero eso pirotécnico que te dije antes me gusta mucho, es lo que más me acerca a una definición. O como las fogaleras de San Juan. Aunque ahora, total... qué más da...

(Y... ¿cuándo abandonaste aquella mano?)

—¡Uf! No te imaginas el trabajo que me costó quitármelo de encima, pegado como una lapa a su bandejita de su alma... te juro que hasta lloriqueaba como una protagonista de serial de cocina... fuerte basura... tan miserablemente ridículo, tan cursi... que es lo peor que se puede decir de un hombre, porque las mujeres cursilistas, si vamos a ver, hasta pueden tener su encanto... ¿Te acuerdas de Mariví, aquella peninsular gordita, llena de ricitos y lacitos, que estudió con nosotras cuando a su padre lo destinaron aquí?

(Uy, sí... ya sé quién dices... empezó en tercero o cuarto...)

—Ya ves, más cursi no podía ser, pero los niños la rondaban que daba gusto, y no porque fuera enralada, qué va, más formalita no podía ser... Por cierto, que ya en sexto dejó de estudiar para preparar el dote porque encontró novio y pensaban casarse al año siguiente... Claro, era como dejar una carrera por otra, que entonces casi era lo natural, lo mandado... estudiar como para ir matando el tiempo de la espera... de la llegada de «él» con los papeles bajo el brazo, dispuesto a liberarte de la posible aridez de unos estudios que fueran los que fueran, se daba por descontado que eran impropios para una tierna cabecita femenina, y no debía sometérsela mucho tiempo a tales esfuerzos culturales...

(Sí, ya me acuerdo que se despidió emocionadísima

de todas nosotras, como si se fuera para Cuba, por lo menos... Y luego nos invitó a merendar, para presentarnos todo el ajuar, todo planchadito y almidonado, que daba gusto verlo... Y lleno de pasacintas y lacitos por todos lados, las almohadas, las sábanas, los camisones...)

—Nunca vi una mujer más llena de lacitos, hasta llevaba a veces una cinta de terciopelo negro atada a la muñeca, como una pulserita sublimemente femenina... Juraría que para su noche de bodas se puso un lacito blanco en el sexo...

(Matilde... por Dios... ay qué risa...)

—No hemos vuelto a saber de ella, ¿verdad? Pero si enviudó, porque esas gorditas aniñadas siempre, no sé por qué, se cargan al marido pronto, o que el marido se quita de enmedio, ajito de tanta feminidad como bienmesabe a todo pasto, también juraría que al menos hasta los funerales de rigor llevó un lacito en el mismo sitio, momentáneamente vacante, de moaré negro, seguramente... Hay que cuidar las formas, ¿no?

(Hija... cómo eres...)

—Me he reído tanto, toda mi vida... Tú a veces hacías como que te asustabas, pero confiesa que en el fondo sentías como yo, sólo que tu sensatez te cerraba el pico... a que sí...

(Bueno... tal vez... pero me daba pena de tus burlas... eras tremenda, Matilde, cuando te ensañabas con una persona, le clavabas las uñas hasta el fondo...)

—Claro, porque lo merecían y no me iba a andar con contemplaciones... Nunca me gustó la gente flinfle, sino como la de aquí, recia como la tea... Pero reconocerás que siempre respeté al máximo todo lo auténtico, fuera lo que fuera... Ah, mira, ése que está en la puerta es don Matías... Antes fue Matiitas, pero como ha estado tantos años en América y volvió con perras, la gente instintivamente le ha puesto el don, por si acaso...

(Pero... ¿no es el hijo de Usebita la del Ejío...?)

—El mismo que viste y calza, pero en fino, porque como estuvo p'afuera, ya sabes... el prestigio que da eso de haber saltado el charco y haber sabido hacerse su pellita proporciona una aureola de caballero que ya apenas se descubre en él al maúro de antaño... Es muy amigo de Francisco... véte a verlo...

Salí nuevamente a fumar y a goler, a qué negarlo. Pero el ex-Matiítas, hoy don Matías, no pareció espantado por mi acción, aunque al mou por dentro siguiera pensando como en sus lejanos tiempos, que esto nunca se cura por muchas inglesas que se vean fumando ya hasta en el pago más remoto. Al fin y al fallo, había traspuesto para el trasmarino y lo que no da la crianza familiar lo pone el roce con el nuevo mundo, los otros mundos donde se aprende a vivir de otras maneras. El indiano no sólo no se insultó con mi cigarro sino que con la mayor soltura echó mano al bolsillo del pantalón —la guayabera impecable le caía holgadamente— antes de saber que yo no tenía fósforos, y me acercó el encendedor suntuoso, con pinta de baño de oro y todo, y el aspecto de ser «de p'afuera», uno de esos típicos «Made in...», del que brotó la llamita a la primera vez. Me hubiera gustado más volver a ver los manejos en el viejo chisquero, la verdad...

Me di cuenta de que todo eso conducía a un inminente interrogatorio por su parte, pero no pensé dejarme coger la camella y atacué primero, falataría más. Al que se le va el baifo, ya se sabe...

—Me parece que lo quiero conocer... (haciéndome la bobita, claro, para que picara. Y cayó como un cortacapote: el engodo hizo su efecto).

—Sí, señora, yo soy de aquí (hasta había cierto orgullo en su voz; menos mal que no era uno de esos maúros enriquecidos que después se avergüenzan de su origen y se vuelven sorroclocos al nombrarlo).

—¿No será usted uno de los hijos de Usebita...? (me callé a tiempo «la del Ejío» por si acaso fuera nombre).

—La del Ejío, sí señora... Pero usted... usted no es de aquí, ¿no verdad?

—Sí, hombre... nací aquí y aquí me crié... lo que pasó es que nos fuimos de arrancada para la ciudad cuando yo todavía era jovencilla y por eso a lo mejor no me recuerda...

—¡Ahora caigo! usted debe ser una de las niñas de los Bravo, ¿no?

—No... yo fui hija única... yo soy de los Naranjo...

—¡Angela María! Claro... me confundí pensando en los Bravo porque su padre trabajaba para ellos, ¿no?

—Equilicué.

En esto entró un chiquillo, negro como un cazón y colorado como una atalayera. En la boca se le quedó cortado un «páe...», al verse de pronto ante tanta gente. Su color tan sano se veía oscurecido en la frente por una tremenda chocaúra y un gallo de los que ya se ven pocos. Seguramente se achocó en alguna guirrea, o se llevó algún talegazo por esos riscos de Dios. (Yo también tuve en otros tiempos las piernas llenas de mataúras y raspones...) Un ojo parecía también opado, junto a la bichoca. Ay, la infancia pueblerina...

El emigrante por lo visto parecía dispuesto a hacer un censo apresurado de la población asistente al duelo. Le puso la mano en la cabeza al guayete y le preguntó:

—¿De quién sos tú, mi niño?

El galletoncillo agachó el morro y tardó en contestar. (Igualito que yo en otros tiempos, que también me volvía como salvaje ante los extraños...). Por fin contestó, con el viejo tinete aprendido de carretilla, como cuando en las escuelas se daba clase de Urbanidad, y enseñando unos dientes encaramillados:

—Mateo Santana, para servir a Dios y a usted. (Ah, pispito...)

—Esto sí que es un chico bien criado, ¿no verdad? Y no como esos zafados de la ciudad, que pegan a hacer machangadas y regañizas en cuanto le hablan. Y si uno se pone bravo con ellos, les entra una ralera de mimo que acaban echando unas lágrimas como chochos... Yo tengo una hermana abajo, casada con un peninsular, que tiene unos hijos tan desinquietos, tan ruidosos, que no hay quien los aguante... son unos vomitivos, señora... me da un coraje... El monifato todavía pasa, pero lo que es el mayorcillo, que ya está hecho un sollajo, ese hasta se ha vuelto fartón... Después del sarampio

que le dio ahí más allá, es que no podía ni hablar, de bobático que estaba... aquella cama parecía el escapate de cá los Peñate en vísperas de Reyes, óiga... Oh, como que hasta sopladeras tenía, como si fuera por San Pedro Mártir...

El ex-Matiítas, con su guayabera blanca y su facha de morrocoyo, tan atarrascado el pobre como si tuviera la cabeza jincada a machamartillo en los hombros, sin pescuezo apenas para ponerse ni una mala corbata, y encima algo bicácaro, por más señas, no me interesaba nada en su ambiente familiar. Lo dejé «dir p'al pien», al golpito, hasta entonces, para irlo engodando y enredarlo en el trasmallo. Me diblusé en el muro, callada como un ajo porro, como quien no quiere la cosa ni piensa en jiñeras verbales... Y desde luego, se ve que el cristiano tenía ganas de darle a la taramela, porque me atabicó, alongándose al lado mío, pero con cierta tiesura, como si no quisiera que se le manchara de cal la punta de sus zapatos blancos y canelos. ¡Fuertes ñames tenía el hombre, lo menos un 45! Al lado de los suyos, mis pies parecían apenas como dos cajitas cumplidas... Hizo un ruido con la garganta, el cloquío característico del que intenta romper a hablar y busca «la sieca» por donde soltar la dula. (Por mí que no quedara, yo siempre estoy «espuesta» a pegar la hebra con todo bicho viviente). Me salvé como el viejo de los arenques, cuando un repentino embate de aire caliente trajo hasta nuestras narices el inconfundible olor a estiércol, que tradujo el emigrante en una sola sílaba definitivamente descriptiva:

—¡Fo!

—¡Ya, mi madre! Qué tiempo que yo no olía el estiércol...

—Ni yo tampoco... Allá, todas estas cosas son pura química.

—Las ciudades apestan ahora de otra forma, ¿verdad?

—Y que lo diga. Eso no puede ser sano... Entre la

basura y los coches, nos están comiendo por las patas... con perdón...

—No se preocupe, hombre... los dichos nuestros no ofenden.

—... Si usted viera que al principio hasta echaba de menos este olor del estiércol... Me costó lo mío amañarme a una nueva vida, pero ¿qué iba a hacer? ¿Me iba a volver loco? Así que pegué a trabajar, a trabajar... y ya ve, hoy en día hasta tengo mi buen carro, digo, coche... es que allá les decimos carros, ¿sabe?

—Sí, ya lo sé... ¿Y cómo así no se lo trajo para acá?

—Pues, si le digo la engaña... Bueno, al mou es que me daba vergüenza, fíjese... Cuando me marché de aquí la primera vez, les decían «háigas» a esos coches americanos de los estraperlistas, ¿se acuerda? Y se me quedó eso tan clavado, que no sea que se rieran de mí y pensaran que era un fachento que venía al pueblo a darles por los besos, echándomela de indiano, me dije, digo, pues nada, aquí se queda el carro y yo me voy solito.

—También hubiera sido un problema para pasarlo por estas calles, ¿no cree? Todavía veo que no están asfaltadas casi ninguna.

—Oiga, no lo creará, pero cuando yo me marché de aquí ya estaba la máquina de la china trabajando por los alrededores... ¡Y todavía no han acabado con las calles! Seguro que ha sido cosa de los alcaldes, ¿no cree?

—No lo sé... yo hace muchos años que falto de aquí y no sé qué clase de alcalde será éste...

—¿Cómo va a ser? ¡Pa sajorín, chó Plomo! igualito que todos... Todos ellos están cortados por la misma tijera, dese de cuenta...

—¡Jesús, hombre!

—Pero no crea que eso sólo pasa aquí... allá pasa igualito... La diferencia está en que allá uno puede criticar a los que gobiernan y no pasa nada... Hay libertad para todo. El que quiere trabajar, tiene trabajo y se le nota pronto el esfuerzo... Mire, yo me marché de aquí porque no podía seguir, por motivos que no sé si

sabe... Fue un viaje clandestino, que tuve que tirar nada menos que hasta La Palma para poder coger un barco... Cuando por fin recalamos en La Guaira, no me lo podía ni creer, porque casito no llegamos, óiga... hasta fatigas me daban todos los días... Y tenía tal magua acordándome de mi tierrita de mi alma, que a cada rato hacía el bico, como si fuera un guayete a punto de llorar... Nos juntamos unos cuantos y pegamos a buscar trabajo allí mismo, pero no nos salió nada que meritara la pena. Pasamos las brevas de Tirajana, como el otro que dice. Así que un buen día cogí rumbo para Caracas y a la entradita mismo encontré trabajo en un buchínche birriente que estaba siempre rebotando público. Cuando empecé a coger confianza, le dije al dueño que por qué no hacíamos enyesques canarios, que yo estaba seguro que lo de aquí les iba a gustar allá, que somos casi como hermanos... El hombre me dejó probar, a ver, y desde que conseguí hígado pegué a prepararles carajacas, que como ellos toman mucho ron, les supo a gloria, y sus papitas arrugás y su mojito... Oiga, aquello a veces parecía la fiesta'l Pino, la verdad de Dios... Como si el embate llegara a todos lados, pegaron a caer isleños, a caer isleños, que aquello no parecía cosa de p'afuera, sino de aquí mismito... Sin saber cómo ni cuándo, hasta se trajeron un día un timplillo y la gozamos de lo lindo... Claro, a veces se quedaba uno medio añugado oyendo las coplas de la tierra... pero la verdad es que todos estábamos privados...

—¿Y ahora es usted el dueño?

—¡Qué va, cristianita! Aquello se acabó pronto, por desgracia. El pobre hombre, el dueño, abicó de la noche a la mañana, que le dio un fatuto durmiendo y la mujer ni se enteró y por la mañana se lo encontró ya más tieso que todas las cosas. Si yo hubiera tenido entonces unas perras más, como las que hice después, hubiera comprado el negocio, eso que le conste, pero la viuda, aunque tenía otros apetitosos, se lo vendió a un portugués, porque ella lo que quería era dinerito fresco y no entendía nada de toda esa traquina de llevar el

bebedero. El portugués resultó un fullierento, pagando mal y siempre poniendo repudios al personal, que si esto, que si lo otro... no dejaba cantar, no quería sino poner enyesques de bacalao, como en su tierra... Total, para no cansarla, que me aburrí y piqué el tole... ¡Con qué necesidad iba yo a estarme cogiendo una calentura a cada rato!

—¿Y otra vez vuelta a empezar?

—Así mismito. Pero me vino bien, porque con esas pocas perras que tenía me metí en cosas de ferretería y salí ganando. Si vamos a ver, casi empecé con nada, tachas, hilo carreto, verguilla, hasta papel baso llegué a vender... y a fuerza de años y de emperrarme en salir adelante, pues... aquí me tiene...

—Sus sudores le habrá costado, ¿no?

—No lo sabe usted bien...

—Pero ha tenido suerte, porque he oído decir que otros han vuelto lo mismito que se fueron, más limpios que un escoplo.

—Sí, es que muchos se creen que no es más que llegar y coger el dinero por la calle, como si todo fuera el ungüento de la Madalena... Y eso sí que no, señora: el que es ñanga, ñanga sigue... Allá no se puede ser una pastura, hay que moverse y pegar con lo que salga, no se pueden poner requilorios ni decirle fó al trabajo, le guste a uno o no le guste... Claro, también es verdad que unos tienen más suerte que otros, y hasta la salud influye, porque aquello es tan grande que en muchos sitios el clima no es como aquí... fuerte calor cae a veces, cristiana... y si viera cómo llueve, fuerte regocijo ver caer aquella agüita del cielo... Al principio yo siempre decía lo mismo: malimpriaíta agua, si nos cayera allá aunque fuera una horita.

—¿Esta es la primera vez que vuelve por acá?

—¡Qué va! Desde que empezaron a arreglarse las cosas, quiere decirse, la política aquí y mis asuntos allá, ¿sabe? ya me entró la jirivilla. Cada vez que algún paisano me decía que se venía para acá, me quedaba más rascado y más maguado... Eso es lo tremendo de la

emigración, lo que tira de uno la tierra y lo que tiran también las raíces que uno va echando allá, sin darse cuenta... Y eso que yo, como sigo soltero, no lo noto tanto, pero tengo amigos que ya han tenido que decidirse a pensar que no se volverán de arrancada otra vez para acá, porque los hijos se sienten venezolanos, han podido darles estudios que aquí hubiera sido imposible... en fin, una de dos, o se vienen los viejos solos, a seguir viviendo allá con la imaginación siempre pensando en los hijos que dejaron, o se quedan todos, también soñando siempre con esto... Por eso seguimos yendo y viniendo, yendo y viniendo... Ajolá se arregle esto del trabajo de una vez, para que la gente nueva no tenga que enterarse de qué es la emigración... Si aquí encontrara el pollerío una forma de vivir mejor, seguro que no se marchaban. Pero 'mana, ¿qué porvenir les espera aquí? ¿La miseria o echarse a la mala vida, que cada día está eso peor?

—Verdad es, ya nadie vive tranquilo, si vamos a ver.

—Mire, para qué voy a negarlo, yo me fui de aquí, aunque usted sabrá que yo aquí tenía lo mío en El Ejío, y podía haber salido adelante, porque estuve medio fichado y me estaban haciendo la vida imposible, y no abajo en la ciudad, sino los mismos de aquí, mira que tiene gracia... La gente cuando quiere puede ser muy ruinita, y cualquier Juan Pitín que un día le dé por ahí, por envidia o por lo que sea, le sopla una denuncia o va con cualquier cuento, y del bolichazo se encuentra enredado en la jiñera y sin poder trincarse en bolina ni saber de dónde vino el soplo... Hoy mismo ya no, demasiado sé que no, esa es la verdad, por fin parece que se puede ser lo que uno quiere, sin ofender, pero ¿hasta hace unos años? ¡Vemería! Aquí en el pueblo hubo uno que, un suponer, si uno no le daba la derecha por la acera, ¿sabe lo que decía? «¡Yo te las cobro!» Y así fue, señora... Era un culichiche del demonio, y encima era mucho de don Cacique y claro, con ése no había quien se metiera porque donde hay cuartos... usté ya me entiende. A todos los traía más amargos que la retama,

aprovechándose del miedo... No soy vengativo, la verdad de Dios, pero me alegré de que por fin alcanzara su merecido, según me contaron otra vez que vine...

—¿También lo metieron en la cárcel?

—Bueno, trabajillo costó, pero allá acabó el muy indino... Defigúrese que cuando entró aquella ola de patriotismo, hasta aquí llegó la conducerma aquella de dar el oro para la patria, ¿no se acuerda? Pues ese sarandajo, óiga, lo encargaron de recogerlo y dar su recibo, eso sí, que tantas mujeres dieron lo único que tenían de oro, los anillitos de boda, o de la primera comunión de las niñitas... Poquita cosa, pero varios pocos hacen un mucho, ¿no verdad? El seguía machacando, dejándose caer en cuantito veía un grupo reunido, diciendo que sabía que mucha gente guardaba prendas antiguas y cosas de ésas, y que el que no las entregara para la patria era más rojo que el demonio, y que si tal y si cual... Total, que la gente fue cogiendo mieillo y fueron aflojando todo lo que tenían, hasta muelas de oro entregaron. Para no cansarla, cuando reunió su buena pellita de prendas, traspuso para Tenerife y se compró una finquita de plataneras que dicen que era un primor, con agua y todo, ya sabe que allá no escasea como aquí... Tuvo tanta suerte el condenado, que la finca le salió casi regalada, porque la estaba vendiendo a toda prisa uno que no sé si era de p'afuera o qué, que se estaba goliendo que lo iban a echar porque decían que si era masón...

—¡Demontre!

—Andando los años, con las hijas ya casadas, también le llegó el turno de que alguien le soplara una denuncia y al golpito, al golpito, por fin dieron con él y lo metieron en chirona. No le tocó de condena todo lo que debiera tocarle, porque otro chafalmeja por el estilo sacó a relucir no sé qué reburujina de servicios a la patria y no sé qué... total, que volvió a salir... menos mal que ya abicó, Dios lo haya perdonado...

—¿Y le quitaron la finca?

—Qué va, señora... el muy sorrocloco la había

puesto a nombre de la mujer y no se la podían quitar... Así que usted me dirá si con semejante arrancón suelto por el pueblo, podía uno vivir tranquilo aunque nunca hubiera hecho nada malo, sino que no me daba la gana de sacarle el sombrero... Tan sanana que parecía de chico, y ya ve...

—Aunque ya empezaron a cambiar las cosas, yo creo que salimos de unos miedos para meternos en otros, ¿no le parece? En otros tiempos, el miedo a las denuncias, al no poder protestar, a las injusticias... el cuento de nunca acabar. Ahora, el miedo a los atracos, al «tirón» por la calle, al toletazo por nada y cosa ninguna, a los robos en la casa en cuanto una sale por la puerta para afuera... los alborotos, el terrorismo... ¡qué panorama! Y encima, las drogas, los coches, que no se puede casi ni cruzar una calle con tranquilidad, ese otro robo descarado que es el precio de las cosas de comer... y de todo... Antes, con un tostón se compraba el almuerzo para una casa de familia...

—Es que se ha perdido aquello tan bonito de antiguamente, el respeto, por conocerse la gente... Cuando yo era chico, nunca pasaba por mi casa una vecina sin que entrara aunque fuera un momento, a echar un sahumero, como el otro que dice... Y las atenciones que tenía la gente unas con otras... Mi madre, que en paz descansa, nunca iba de visita a cualquier pariente sin llevarles por lo menos unas rapaduras para los chiquillos, o una cestita de tunos o un quesito tierno para ellos... Me parece que la estoy viendo, encargándole a la feligresa que le trajera un buen queso para tal día, porque nosotros no teníamos ganado... aunque cuántas veces no nos regalaban también algún baifo que mi madre en seguida ponía en adobo... Y cuando ya galletones, nos juntábamos unos cuantos en el bebedero de Juanito, ninguno se hacía el gorrón, todos se empeñaban en pagar la arrancadilla... Ahora, todos quieren beber de guagua, se han vuelto más agarrados que un luchador del sur...

—Y si estaba chispando, ¿se acuerda? en cualquier

casa podía uno entrar a guarecerse, que siempre estaba alguien en la casa y no le dejaban marcharse sin ofrecerle aunque fuera un buchito de café... y encima se disculpaban diciendo «perdone la poquedá»... Dios mío, parece mentira, ¿verdad?

—¡Jum! Vivir para ver...

Volví a sacar un cigarrillo, porque eso de la conversación siempre me aviva la jirivilla del vicio. Matiñas volvió a darme fuego galantemente y entonces, como en la lucha canaria, me ganó por burra, traspuesta como estaba con las primeras chupadas:

—La verdad es que usted no parece de aquí... Y se conserva muy agraciada, perdone que se lo diga... Si no es indiscreción, ¿sigue soltera?

—Qué va, quería... casada y con hijos...

—¡Tarde piaste! Pero qué se le va a hacer... También se me escapó Matildita, la pobre... Primero, porque se fueron de aquí, después porque fui yo el que traspuso... y cuando volví, ya se había vuelto a casar... Muy buen hombre, Francisco, ¿verdad? ¡Cosita asiada!

—Si supiera que hoy es el primer día que lo veo...

—¡Vemería! Para mí que ustedes habían seguido siendo amigas.

—Y lo fuimos, en realidad, pero entre unas cosas y otras, estuvimos bastante alejadas estos últimos años.

—¿Usted también estudió la misma carrera que ella?

—¿Yo? Ni siquiera llegué a empezarla... Yo me puse a trabajar poco antes de que Matilde se marchara a estudiar.

—Yo me acuerdo de ustedes, parece que las estoy viendo. Yo entonces era un galletón, que acababa de ponerme los pantalones bajos, y cuando iba a la ciudad con mi padre, que todavía vivía, no dejaba de darme un salto por los alrededores del Instituto, a ver salir las niñas, ¿no se acuerda?

—Si viera que no... tengo tan mala memoria para las caras... Pero usted, ¿cuándo hizo amistad con Francisco?

—Apenas llegué aquí, en otro viaje que hice antes

que éste, señaladamente por la enfermedad de mi madre, que murió a poco. Me dijeron que Matildita había vuelto casada con un peninsular y que habían comprado la casa de la vereda... Entonces me dejé caer una tarde y la verdad es que desde el primer día me impresionó el hombre, qué pena, con ese defecto, ¿verdad? Ella me conoció en seguida, fíjese.

—Sí, la memoria de Matilde siempre fue tremenda... Pero, ¿qué defecto tiene el marido? Yo no le veo ninguno...

—Pero, señora, ¿usted no sabe que se quedó mudo de un accidente de coche que casi no le corta la cabeza?

(¿Por qué no me lo habías dicho, Matilde?)

—No se me ocurrió, la verdad... como aquí todo el mundo lo sabe...

(¡Mira que volverte a casar con otro peninsular, con lo mal que te fue con el primero...!)

—Con éste, en cambio, me fue de maravilla... Fíjate que siento más tener que dejarlo a él que dejar mi propia vida, con lo que siempre me chifló ese raro oficio de vivir...

(Pero precisamente ahora, que anda la gente tan enfoguetaada con eso de «godos fuera» y demás...)

—Bueno, ya a mí no me toca... pero son boberías, ya verás cómo un día las cosas se ponen en su sitio, porque es algo que se cae por su peso. Sí, ya sé que hay muchos resquemores, unos auténticos y

otros enseñados, pero todo pasará... Cuando digieran bien todo el entullo que han estado sembrando últimamente, sabe Dios con qué fines, todo volverá a su cauce, porque si la pasividad tradicional de nuestra gente tiene su límite, también tiene una cosa positiva, que es la sensatez, la templanza, la claridad de juicio que poseen naturalmente, aunque muchos no tengan gran instrucción, por desgracia...

(Pero el aplatanamiento se nos está despintando, ¿no crees?)

—El aplatanamiento nos ha servido de mucho, ¿no te das cuenta? Si las cosas de dejan «dir p'al pien», como el otro que dice, no hay por qué preocuparse, ya verás...

(Claro, Francisco no podrá opinar, digo yo...)

—Francisco está perfectamente enterado de todo... Pero aparte de eso, me hizo sentir algo que soñé toda mi vida sin darme cuenta: me hizo sentirme como una Madre inmensa, cósmica, que lo entendía sin necesidad de palabras y que me entendía sólo con mirarme... Hemos sido tan felices, tan increíblemente felices... Se me dio en cuerpo y alma, muchacha...

(¿Y qué hacía aquí, cómo lo conociste?)

—No sé si habrás reparado que aquí hemos tenido dos aluviones distintos de peninsulares. El primero nos cayó en cuanto acabó la guerra, la mayoría eran militares provisionales, de aquéllos que no se sabía

qué hacer con ellos al empezar la paz, ¿no te acuerdas que hasta les sacaron un chiste, que no sé quién los inventa?

(¿Un chiste? ¿qué chiste?)

—Como estuvo de moda una cancioncilla, creo que mejicana, que decía «cuando tuve yo te tuve, te mantuve y te di... hoy no tengo ni te tengo ni mantengo ni te doy...», la gente decía que eso era lo que pasaba con aquellos militares jóvenes. Muchos vinieron para acá sin saber bien ni por dónde caían las islas, creían que estaban en un recuadro más abajo de las Baleares... Pero se enamoraron de esto, del clima y de las niñas de aquí («no sabéis lo que tenéis con esto que llamáis invierno, majas», decían algunos, que los oí yo mismita) y aquí siguen casi todos, con familia que luego llamaban visigodas, cuando no sé de dónde sacaron a relucir esa reburujina de godos y canarios...

(Bueno, la verdad es que eso de llamar godos a los peninsulares no es una cosa original de aquí. Los gallegos siempre han llamado godos a los castellanos... ¡aunque nosotros llamemos también godos a los gallegos!)

—Como si todos nosotros, los de ahora y los de antes, no procediéramos todos de ellos... porque lo que es guanches de verdad, ¿puedes decirme dónde queda uno para muestra? Buena maña se dieron hace siglos en despacharlos a todos... unos para el otro mundo, otros para el nuevo mundo...

(Qué pena, ¿verdad?)

—Luego vino el segundo aluvión, pero esta vez más bien con conocimiento de causa, al engodo del boom turístico. Estos sí sabían por dónde caían las islas, y más que nada, venían a tiro hecho, al negocio. En caso de tener que inclinarme por unos o por otros, prefiero los primeros, la verdad, venían un tanto románticamente, a la buena de Dios, lo que se llamaba «en espera de destino», y la verdad es que su destino los estaba aguitando aquí... simbólico, ¿no?

(Pero antes de la guerra, Matilde, cuando venía de la Península un barco malejo muy de relance, también vinieron peninsulares, mi niña...)

—Bueno, pero no vinieron en aluvión... y esos más bien eran peninsularillos la mayoría, ¿no? Muchos venían con alpargatas y se daban tal géito para mejorar, que al poco tiempo, sin saber cómo ni por qué, los veías echadores perdidos, diciendo que eran hijos de marqueses o, los más modestitos, de generales o gente así... Y de ahí salió aquello tan gracioso de la carta...

(¿Qué carta?)

—Mujer, parece mentira que no te acuerdes... Es que muchos de ellos, encima de que vinieron a enriquecerse aquí, a hacerse gente, después empezaban a hablar mal de la isla, a criticarlo todo y a hacer comparaciones odiosas... Entonces, al gracioso de siempre se le ocurrió lo de la

carta. En cuanto un peninsularillo empezaba a criticar, se le decía: «Enséñame la carta». Y si preguntaba eso mismo que tú, le contestaban: «La carta en que lo mandamos a buscar...»

(Ah, ya me acuerdo... Incluso recuerdo ahora una vez en La Mallorquina, durante el paseo por Triana, que estaba «Cachimbita» peleándose con uno por eso mismo...)

—¡Hombre, es que te daba un coraje...! Pero, bueno, resulta que Francisco vino con el segundo aluvión, pero no precisamente a hacer negocios ni a acelerar la cola de la guagua...

(Pero, Matilde, ¿qué tiene que ver la cola de la guagua...?)

—¡Jesús, muchacha, qué boba estás hoy! ¿No te acuerdas tampoco de que decíamos que se notaba a la legua en la cola de la guagua el que era peninsular aunque no llevara el sombrero de fieltro y el cuello duro postizo, y el que era de aquí? El peninsular, siempre como una alpista, en cuanto se paraba la guagua y salía el cobrador con la voz de pito: «Dos de pies...» se tiraba como una fiera a subir. En cambio, el paisano se iba moviendo al golpito, sin prisas... y casi siempre tenía que esperar a que llegara otra guagua...

(Como para todo, si vamos a ver... Casi siempre hemos tenido que esperar a que vengan otras guaguas... Ya de por sí no deja de ser simbólico que, para empezar, hasta tengamos una hora de retraso con el reloj nacional...)

—Este retraso nuestro no es sólo cuestión de horas, claro... Como simbólico, no deja de serlo, no te digo que no... Pero ¿dónde está la raíz de todo, cuál fue el núcleo, el embrión que dio nacimiento a esto?

(Tal vez todo empezó con la distancia...)

—Puede ser... Pero también nuestra idiosincrasia, tan diametralmente opuesta a la de allá, ha tenido mucho que ver. Hemos arrastrado durante siglos un complejo de inferioridad como la casa de Don Bruno. ¿Por qué?

(¡Bueno, ya salió aquello! ¿Vas a meter a Freud en los problemas insulares?)

—Si no lo crees, allá tú, pero ahí está la madre de la baifa... Sin embargo, todo está cambiando increíblemente. La juventud tiene por delante un panorama tan asombrosamente raro y distinto...

(Pero Matilde, ¿te has vuelto zahorina?)

—No... me he vuelto muerta, eso es todo, ¿no te das cuenta? Ya que no crees en Freud, no me negarás que las leyes de Mendel son indiscutibles, ¿no? Y creo que ahora estamos en uno de esos momentos cruciales, el de la conjunción de muchos «saltos atrás».

(¡Ahora me desayuno!)

—... Los isleños somos el producto de tal cantidad de mezclas... imagínate, normandos, catalanes, gallegos, mallorquines,

portugueses, extremeños, andaluces... vi-kingos, bereberes, negros, castellanos... ¡qué sé yo! una lista interminable, sin olvidar el elemento judío que recaló aquí al soco de la conquista.... Incluso, a lo mejor nos queda alguna gota de sangre guanche, que vete tú a saber si ellos, a su vez, no fueron el resultado de otras mezclas anteriores... porque de los guanches tampoco se sabe mucho que digamos... Así que con tamaña reburujina de misturas, cada sangre tirando para lo suyo, si a cada equis tiempo corresponde un «salto atrás», ¿van a reaccionar de la misma forma todos nuestros ancestros, como se dice ahora?

(A mí me preocupa la juventud... A pesar de ese brote fuertísimo que les ha entrado por todo lo nuestro, ¿no te has fijado en una cosa?: no emplean ya lo que a mí me parece el elemento básico, el lenguaje... ¡Si hablan igual que los de fuera! ¿Dónde están nuestros canarismos, tan preciosos, como dice la maestra? ¡Cógelos p'ol rabo!)

—¿Qué dónde están? Todavía, todavía, en la gente antigua, que nos vamos acabando... así que... ¿ojos que te vieron dir?

(Oye... Matilde... esto...)

—Venga, arranca...

(¿Tú hubieras sido partidaria de una autonomía regional?)

—Depende de dónde pusieran la capital...

Se sintieron unos escorrosos allá afuera, voces distintas, casi impersonales. Como una suave oleada que fuera creciendo, acercándose hasta esta playita humana donde Matilde yacía, quieta, humilde y desamparada como un callado de la marea... Los profesionales de lo fúnebre... ya...

(Tengo miedo, Matilde... No saco nada de querer envolverlo en oraciones aprendidas de carretilla desde chica... Matilde...)

Voces impersonales, sin el respeto que ponían los demás... voces acostumbradas por oficio a estas cosas... «Madre, si me muero, que no venga el hombre de las sillas negras»... El temor mismo que también sintió un poeta de Venezuela... Qué rara es la memoria, cómo vienen las cosas de pronto al recuerdo, sin llamarlas, sin convocarlas... como si todo lo leído y sentido estuviera archivado, guardado, al acecho del momento oportuno para volver a vivir, para demostrar que lo que entró por los ojos no se pierde jamás, como los colores del recuerdo, de los recuerdos...

(Matilde... ¿no podrían dejarte aquí un pizquito más, un ratito más...?)

—¡No te vayas pa' que almuerces!

(Matilde... por Dios... eres-eras tremenda...)

—Quiero decirte... que te he querido mu-

cho siempre... que te he sobrellevado con toda simpatía... pero que nunca acabaré de entenderte... ¿por qué todo...? Total...

(¡Matilde...!)

Hasta los grillos anticiparon su hora...

Única mujer en un entierro en el pueblo... Me imaginaba como una totorota medio sonámbula, en traje de dentro de casa —qué más da— entre hombres, pocos, a paso lento, al golpito, como siempre, como para todo...

Ay, los viejos caminos conmovedores hasta el pequeño cementerio (la vieja copla: «Cementerio de mi pueblo, cuatro muros y un ciprés, tan chiquito que parece y cuánta gente duerme en él»...) ...todo envuelto en los celajes del solajero que ya iba cediendo, al golpito también, como sin ganas de marcharse... Las pinceladas eternas, al paso de los ojos, de las palmeras, y siempre presente el olor a eucaliptos... a geranios amargos que la gente de mi infancia, algunas, llamaban melindros... Las voces secas, como a pares, hablando de sus cosas, todos ellos, sin pensar que iban con Matilde... yo sola iba con Matilde y a cuestras conmigo misma, un poco detrás de Francisco que iba junto al cura-niño que estudió con nosotras en el Instituto...

Pero, ¿hasta cuándo seguiría conmigo, cuándo sería la verdadera despedida, cuándo se rompería este lazo que empezó tan vivo y fuerte, más de medio siglo atrás, y que a pesar de las lagunas de tiempo sin contacto, siguió y siguió y me hizo volver de nuevo a lo mío, a lo de ella, a ella?

Las voces... cada uno a lo suyo... las cosas de la tierra...

—...quieren vender un pizco de tierra que les quedó de la madre, pero son tantos hermanos que no les va a quedar nada... más les valía trabajarlo y sacarle algo, digo yo...

—Pero, cristiano, al mou como está el agua, ¿usté cree que merita la pena?

—Sí... en esto le doy la razón...

—...y cuando veo que aquel esgrasiao pita falta, que era mentira, cogí tal calentura... le hubiera escachado las liendres allí mismo, óiga...

—Godo tenía que ser...

—ái unos meses atrás cogió tal andancio, que estuvo yéndose p'ol palo cuatro días con sus noches... casi no lo cuenta, usté...

—No... él ya venía trastiando con los médicos de mucho antes... hasta la voz se le había puesto como los cristobitas...

—El hijo mayor, que ya está hecho un galletón, ha empezado a encargarse de todo...

—¿Y de qué le vendría eso, usté, Panchito?

—Dicen que fue de una caída, pero a mí no me lo crea... él siempre se venía quejando de una puntá que lo traía bardado por tiempos, ¿no se acuerda?

—Y si después se cayó de la bicicleta cuando se le empenó la rueda... velai...

—Le dí tal espantón que lo dejé mascando en seco... Oooo... ¡taría mueno! Y si llega a seguí, le aflojo una galleta que lo viro del revés, como Pepe que me llamo... fartaría má, ese singuango venir a fartarme el respeto...

—Oiga, se armó tal rebotallo que aquello parecía la cola p'al pilar... nos fajamos a la piña y pegamos todos a dar trompadas... ni sabíamos de dónde venían las piñas... sús, cristiano, cá vez que me acueldo, fuerte tarosada de puñetes, losotros por un lado y los chicharreros por otro... no sé ni cómo determinó aquello... yo estuve nueve días con un ojo clique que ni bien veía...

—Mucha es la miseria de esa casa, sí señó... hasta da sentimiento ver a esos guayetes lambusiando el plato a ver si quea más... qué farta hace una madre en esa casa, caballero... malimpriao rancho... y el padre que no hay méico que lo aquelle, no lo cura ni el médico chino...

—Jum... pa mí que ese pobre no se vuelve a enderechar... ese ya va con la quilla p'al marisco... ajolá me equivoque...

—Y que ya está endrogado hasta los ojos, ni en la tienda lo quieren fiar más...

—Oooo... como que dicen que hasta el casar de palomas buchúas lo malvendieron, y los quíqueres, aquel gallo inglés que era cosita asiada, las gallinas

jabadas... ái más allá les compré yo la jáira rucia, que me ha salió más buena lechera, usté...

—Ese salió ruinito desde chico... y el rebenque del otro, peor...

Ellos, con sus eternas ropas negras siempre dispuestas y predispuestas a todos los lutos, volverían a sus casas, lentamente, a seguir comentando el entierro. Tal vez el único acontecimiento en muchos días antes y muchos días después.

Matilde y yo ¿del brazo? liberadas del luto, de los lutos, hacia el paisaje. Los eucaliptos nos esperaban. En cada una de sus afiladas hojas calientes guardaban el olor. Los recuerdos.

Nos reímos.

(¿No has pensado en algún epitafio?)

—Oye, una buena mataperrería sería que me pusieran: «Las lágrimas le sirvieron de conducto»... Muy aparente, ¿no?

(¿No fuiste nada... absolutamente nada...?)

—Claro que no...

(Ahora eres... Matilde).

—Como siempre, ¿no?
Pero que conste que todo lo has dicho tú...

Encontré los ojos de Francisco.
Ahora sí hablaban.

Pimpina parecía hasta medio enroñada cuando llegué a casa. Maldita la gracia que le habría hecho tener que meterse en la cocina. Se hubiera puesto conmigo (¡estas niñas de ahora!) pero como andaba loca por unos calzones de pana que vio en Galerías, disimulaba lo posible, a ver si me ponía más mollar y se los compraba, digo yo...

—¿Y quién era esa Matilde que me dijo Manolo?

—Una amiga de toda la vida.

—Pues yo no me acuerdo de haberla visto nunca...

—Claro que no... Nadie la ha visto aquí... Matilde y yo nacimos en el mismo pueblo, las dos casas juntitas. Fuimos juntas a la escuela de doña Nieves, luego veníamos juntas en el coche de hora a estudiar en el Instituto... Después, ella pudo irse a estudiar la carrera fuera... Se casó primero con un muchachito fino, que luego vino aquí con un cargo importante, siempre mandan a los de allá para esas cosas. Se le murió la única hija que tuvo... Después enviudó y ya se fue de arrancada para allá otra vez... Luego supe de ella muy de relance, por algunas amigas que iban de viaje y se la encontraban de vez en cuando... Se volvió a casar con un mudo... Y ya al final se vino a vivir al pueblo... a morir al pueblo... ¿Cómo no iba a estar yo junto a su muerte? Y menos mal que me enteré a tiempo. Si no llega a ser por la radio...

—Entonces, fue muy desgraciada, ¿no?

—Pues, mi niña... si te digo te engaño... no lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes?

Mi nacimiento no aportó el menor provecho al Universo. Mi muerte no disminuirá ni su inmensidad ni su esplendor. Nadie ha podido explicarme jamás por qué he venido, ni por qué partiré.

Omar Khayyam

María Dolores de la Fe Bonilla nació en Las Palmas de Gran Canaria, donde ha residido siempre, salvo breves excepciones. Está casada y tiene cinco hijos y dos nietos. Desde muy joven empezó a colaborar en la prensa de su ciudad natal, pasando más tarde a tener una colaboración fija, durante varios años, en el diario La Provincia, de Las Palmas. También colabora frecuentemente en diversos programas de radio.

Hasta la fecha ha publicado los siguientes libros:

«Happenings para Jacob», editado por Editorial del Magisterio Español, colección «Novelas y Cuentos».

«Las Palmas, casi ayer», texto íntegro de su discurso de ingreso en El Museo Canario, y «Biografía de Ignacia de Lara», editadas ambas por El Museo Canario.

«Víctor Doreste», editado por la Casa de Colón, colección La Guagua.

«ISLA ESPIRAL» es un intento de novelar el léxico canario, de «personalizarlo» en determinados caracteres muy entrañables dentro del ambiente isleño: la Maestra, el Emigrante, la Ricacha del pueblo...

Mediante un largo diálogo (a veces monólogo con matices anecdóticos) entre dos amigas de la infancia —una viva y otra muerta— se va reflejando el estrecho ambiente isleño de la década en que se desarrolló la infancia y primera juventud de las amigas, con un remoto, apenas desvelado, trasfondo que trata de simbolizar tenuemente la vieja rivalidad entre dos islas capitalinas, sin abandonar en ningún momento el intento primordial de dejar constancia de tantos y tantos canarismos que corren peligro de desaparecer del habla de los propios isleños de estos tiempos.

No existe el menor afán de ofrecer una investigación lingüística exhaustiva, formal, sino una aportación para la conservación de esa peculiar forma de hablar, de decir las cosas, que tanto distingue a los canarios de los españoles de otras zonas del país.

Al mismo tiempo, la trama ofrece aspectos humanos que incitan a seguir el desarrollo de los acontecimientos a lo largo de una tarde de verano, sin faltar algunas muestras de ese humor particularísimo íntimamente ligado a la propia idiosincrasia del isleño de todos los niveles sociales.